

DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, DOMINGO. 5 DE
NOVIEMBRE, 1939.

Decano de
la Prensa
de Cuba

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América



Nadejda Sergeievna Alliuiana, esposa
de Stalin.

Revelaciones intimas sobre un Dictador ROJO

Ficha de Stalin,
obtenida por la
policia zarista.



ES lícito a un periodista cualquiera someter la vida privada de los políticos a su juicio y crítica? La interrogación es demasiado esquemática; pero partiendo de ella hay base suficiente para una extensa especulación, que en este caso, reduciremos a las proporciones necesarias de un artículo de periódico, apoyándonos en un hecho característico.

La vida privada es, en todas partes y circunstancias, sagrada. No hay lugar a dudas. Mas, ¿hasta qué extremo un hombre público—especialmente el que ha rebasado las fronteras nacionales y es lanzado al torbellino de la crítica y la pasión—tiene vida privada? Los detalles que comprobamos en la amistad de una persona, las consecuencias que deduce la observación al aquilatar los méritos de un amigo, o las cualidades que observa el enamorado en el ser querido, dicen al instinto más que cualquier especulación pseudo psicológica. Si en la intimidad el hombre demuestra determinadas inclinaciones a la ternura; si, por el contrario, se inclina a la crueldad, tendremos en estas manifestaciones otros tantos indicios de sus reacciones en la vida pública. Nadie ha podido jamás—y la cultura es impotente—tergiversar sus inclinaciones íntimas, maxime cuando su acción carece de freno. De suerte que, puede decirse sin pecar de exagerados, que un dictador de los tonos de Stalin puede ser juzgado en lo íntimo para deducir su capacidad en lo público. Esta pequeña digresión es necesaria en el caso presente, pues que, entre la prosa multiforme, interesada una, apasionada otra, pero siempre dictada por la imperiosidad del momento, se ha pasado por alto—en lo que concierne a Stalin—ese recodo íntimo del alma y los sentimientos. La vida amorosa del Dictador rojo ha sido rara vez abordada. Y vale la pena conocer algunos detalles de ella, con lo cual el lector tendrá mucho adelantado en el conocimiento de la psicología política y misteriosa del barbarócrata moscovita.

Hace unos años, todos los periódicos del mundo dieron la noticia de la muerte repentina de la mujer de Stalin. Se llamaba Nadejda Sergeievna Aliluiana, y era mucho más joven que su marido. El dictador se había casado con ella en segundas nupcias, en 1918, cuando Nadejda era una jovencita de diez y nueve años. El tenía entonces cuarenta.

«Aliluiana —decía «Le Petit Parisien» al dar cuenta de su muerte—, a diferencia de Krupskaja, la mujer de Lenin, no ha desempeñado jamás papel político. Seguía sus estudios en la Academia Industrial y llevaba una existencia muy retirada en el modesto departamento del Kremlin. Jamás aparecía en público:

«Il Corriere della Sera», indicaba:

«Ni la escuela del Comité Central del Partido Comunista ni ningún otro anuncio revela la causa del prematuro e imprevisto fallecimiento».

APARECE EL PRINCIPE O.

Posteriormente, uno de los más importantes periódicos de Suiza, el «Journal de Genève», ha publicado la siguiente nota:

«Hace poco llegó a Berlín un príncipe georgiano, O., que había conseguido escaparse de una de las prisiones de Moscú. La relación que ha hecho de sus sufrimientos acaba de dar nueva luz a la muerte trágica y misteriosa de la joven esposa de Stalin. El «Berliner Tageblatt» publica, respecto a ella, ciertas declaraciones del príncipe O., propias



Stalin, rodeado de algunos de sus adeptos en un Congreso del Partido Comunista.

para ilustrar a la opinión pública sobre las costumbres de los tiranos rojos».

A continuación, el «Journal de Genève» da el relato del príncipe.

Escúchenlo ustedes, literalmente traducido:

«EL IDILIO EMPIEZA...»

Hace 21 años vivía yo en Tiflis, en el castillo de mi familia. Durante la guerra tuve ocasión de habitar algún tiempo en casa del jardinero de una de nuestras propiedades, que había ido a visitar y me enamoré locamente de su hija, una deliciosa niña. Yo era oficial desde hacía seis meses, pero una enfermedad de los pulmones me tenía alejado del frente. Vivimos un idilio exquisito. Ella veía en mí un héroe. Yo veía en ella—a pesar de nuestra diferencia de clases—el ideal de mis sueños, y estaba absolutamente resuelto a vencer la oposición que mis padres no dejarían de hacer a nuestro matrimonio. Estos, por otra parte, después de alguna resistencia, se mostraron muy indulgentes; preveían, quizá, que el destino nos separaría.

Cuando se aproximó el día de mi marcha para el frente, fui a casa de ellos, a Tiflis, y tuve la suerte de decidirles a aceptar el matrimonio. No existía entonces un hombre más dichoso que yo. Corrí a caballo hasta nuestra casa de campo, cogí a la joven y la llevé sobre mi caballo envuelta en mi capote.

Nuestros últimos días en Tiflis, en la casa de mis padres, fueron un encanto que iba a terminar por una separación desgarradora. Partí para el frente. Mi prometida se consolaba como podía con el estudio y la lectura. Poco después me hirieron y fui llevado prisionero a Turquía.

SOBREVIEENE STALIN

Al comenzar el año 1919 volví a mi casa. Pero la revolución rusa lo había trastornado todo. Después de innumerables investigaciones encontré a mi prometida. Pero también ella había cambiado. Más bella todavía que antes, seguía queriéndome, pero se había convertido a las ideas revolucionarias. Aunque viera en mí una excepción, no por eso dejaba de odiar a todos los de mi clase.

Vivimos juntos y las cosas marchaban casi hasta 1922, época en la cual Stalin vino a Tiflis como secretario general del Partido Comunista y habló en una asamblea.

Mi prometida—porque los comunistas eran entonces bastante liberales para dejar expresarse a los que se sentían contradictores—protestó contra algunas palabras contra ciertas formas del bolchevismo, relativa a la moral y a la educación de los niños.

Al día siguiente desapareció súbitamente. La G. P. U. la había, sencillamente, conducido a un calabozo, donde Stalin fué a visitarla. La primera pregunta que le planteó fué:

—¿No comprende que una comunista como usted es más peligrosa que el peor de nuestros enemigos?

Pero lo más extraordinario fué que al final de la conversación le propuso casarse con ella.

Mi prometida rehusó enérgicamente. —¿Por qué?—preguntó él. —Porque no le quiero a usted—replicó ella. Entonces, Stalin:

—Bueno, esperaré. Por el momento, no diga usted que se la tiene presa. Está usted libre. Mañana salgo para Moscú. Si tiene usted necesidad alguna cosa, escribame sin miedo.

Y se fué.

¡PRESO!

La noche de este mismo día, Stalin se enteró de por qué había sido rechazado y de los lazos que me unían a la joven. Así que antes de que él se me beise llegado siquiera a Moscú, yo era detenido por la G. P. U., que me envió desterrado a Arkhangel.

No describiré el espantoso viaje que hice.

Mi prometida, sin embargo, confiando en la palabra de Stalin, le escribió. No hubo respuesta. Se dirigió a la G. P. U. de Tiflis. Se le dijo que fuera a la oficina central de Moscú. Fué a Moscú y consiguió ver a Stalin. Ante sus preguntas él se echó a reír, diciendo:

—Verdaderamente, es usted una persona peligrosa. En Tiflis me ha contradicho y predicado mala moral y aquí me pide que intervenga en favor de un príncipe. ¿Y se dice usted comunista?

Después, como mi prometida insistiera vivamente, le gritó:

—No es posible ninguna excepción a favor

Un relato retrospectivo sobre la mujer de Stalin

El final de la protagonista de este interesante relato, esposa de Stalin, en su lecho de muerte, en Moscú,

ninguno de esos príncipes, que se debería matar como perros rabiosos. Déjeme; tengo que hacer. Pero dos días después le pidió que fuera a verle. Su príncipe—le dijo—tendrá una colocación en Turquestán. Acaban de enviársele trajes y todo que puede necesitar para el viaje, pero no le garantizo que pueda usted acompañarle allá. Después se puso a decirle mil galanterías.

SE UNE A STALIN

Por fin, recibió una carta mía. Le daba cuenta de mi cambio de residencia y le proponía que viniera a unirse en el Turquestán. Yo no sospechaba que estaba vigilada constantemente y que no podía unirse sin correr y hacerme correr los más grandes riesgos. Así es que continuó en Moscú.

No tardó mucho en convertirse en secretaria de Stalin, en cuyo Consejo secreto no participan más que tres o cuatro personas. ¿Qué pasó después? En duda, no lo sabré jamás.

¿Cómo, cuándo se le entregó?

Sea como sea, ella tuvo un hijo de él, en 1924, desde entonces vivió a su lado como mujer suya.

PERO EL HIJO...

Todas mis cartas quedaron sin respuesta. Me estaba prohibido ir a Moscú; se comprende fácilmente por qué. Así, ¡qué sorpresa la mía al recibir hacer algunas semanas una invitación para asistir a las fiestas que conmemoraban el XV Aniversario de la Revolución! Me invadió una esperanza loca. Partí.

Poco después de mi llegada, mi antigua promesa vino a buscarme a la posada donde me alojaba y me confesó que no me había olvidado nunca y que me amaba como antes. Yo le propuse rehacer nuestra vida juntos en el Extranjero. Ella decía que estaba dispuesta a seguirme pero la idea de dejar abandonado a su hijo la perturbaba...

ELLA HA MUERTO...

Naturalmente, esta visita había sido observada.

y en lugar de las festividades a que había sido invitado fué un calabozo lo que me ofreció la G. P. U.

Lo que mi desgraciada prometida sufrió los días siguientes no lo sé.

Verosimilmente suplicó a su tiránico esposo que me concediera la libertad, y, sin duda, le debo haber

podido salir de la prisión y huir por la frontera finlandesa.

¿Ella ha muerto a consecuencia de malos tratos, o de dolor, o la han envenenado? Pocas criaturas hay en el mundo que se encuentren en situación de saberlo.

Una vida de hombre se ha roto por su muerte. Eso no significa gran cosa en Rusia».

1.—Como su nombre indica «cuarenena» tuvo su origen en los cuarenta días que los buques tenían que permanecer fuera de los puertos cuando se temía que estuvieran contaminados de enfermedades infecciosas.

2.—La leche no es solamente para los niños. A todos los seres humanos, no importa cual sea su edad, les conviene la leche. Los adultos deben tomar por lo menos medio litro al día.

3.—Aunque se trata casi de una figura legendaria, fué una de las mujeres que más se distinguieron en la medicina primitiva. Era una autoridad en obstetricia, ginecología y enfermedades femeninas. Los autores de los siglos V y VI la citan incluso con referencia a ciertas ramas de la cirugía.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK



COPYRIGHT 1939-HEALTH NEWS SERVICE, INC.

MUY BREVES

El Demonio ama a los hipócritas porque le sirven bien y no tiene que pagarlos.

:-: :-:

Cuando una mujer quiere hablar mal de otra empieza por llamarla «esa mujer».

:-: :-:

Lo más fácil en el mundo después de cometer faltas, es criticar las de otros.

Una pequeñita mentira blanca siempre va seguida de una grande y negra.

:-: :-:

Los maridos tienen ideas definidas cuando sus mujeres las tienen.

:-: :-:

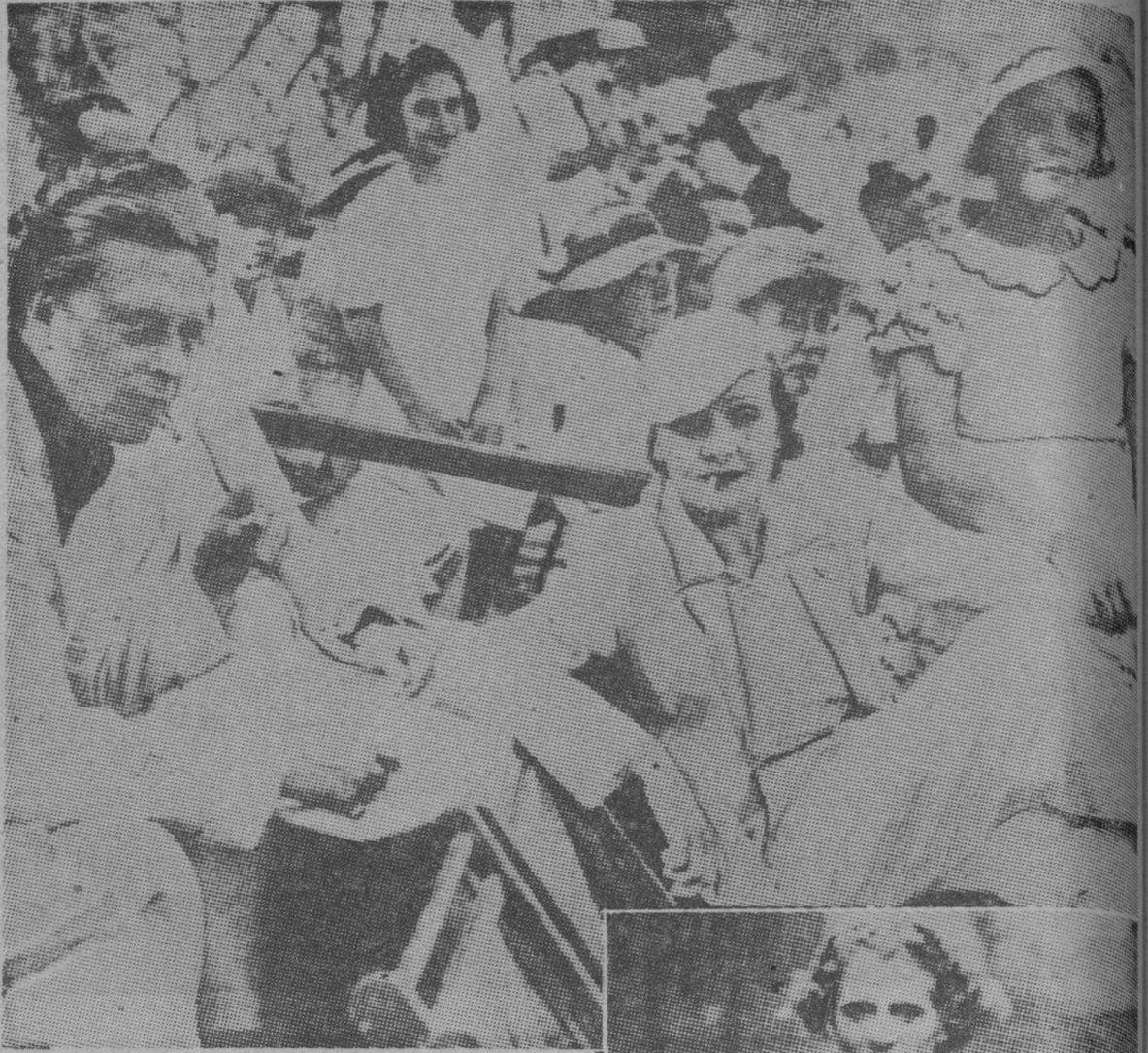
Sólo después que ha hecho fortuna empieza el hombre a creer en sí mismo y no en la suerte.

:-: :-:

Nunca dejes que tu vecino se entere de todo el alcance de tu ignorancia.

DURANTE la última guerra de 1914 a 1918 las mujeres generalizaron en Francia el uso de pantalones sustituyendo a las tradicionales faldas. Con esta innovación, más que de un úkase dictatorial de los modistos de la rue de la Paix, se trataba de vestir a las damas de acuerdo con las funciones masculinas que realizaban mientras los hombres se hallaban en los frentes de batalla. Los trabajadores franceses, convertidos en soldados, tuvieron que abandonar sus labores habituales. La vida de relación no iba a detenerse por ello; y fueron las decididas mujeres quienes afrontaron la empresa de reemplazar al sexo feo en sus rudas ocupaciones. Las mujeres de aquellos cuatro años trágicos —no sólo en Francia, sino en otros muchos países de la Europa en guerra— se convirtieron en choferes, en motoristas, en conductores, en vendedores de periódicos, ingresaron en la nómina oficial de empleados del Estado y en las oficinas privadas, ejercitaron funciones policíacas, y prestaron, en fin, en mil órdenes de cosas una cooperación admirable evitando que se tuviese la normalidad de la vida citadina.

Los cómodos y antifemeninos pantalones —la asimilación, claro está, tuvo que ser completa— se sumaron también a las nuevas costumbres femeninas, cubriendo las gráciles piernas de las mujeres. Como digo en el párrafo anterior, el concepto «elegancia» no fué ni con mucho determinante en este completo trueque de la vida de la mujer, pero, a medida que su uso se generalizó, la moda, si bien en forma secundaria, fué imponiendo su sello sobre la eterna preocupación femenina de estar siempre bella. Si hemos de dar crédito completo a la crónica de hace cuatro lustros, debemos suponer que las feminas de París circulaban enfundadas en anchos pantalones —génesis indu-



Marlene Dietrich, iniciadora de los pantalones en París, se exhibe complacida con ellos complacida y bella.

La MUJER de PARIS en PANTALONES



Sorel, la gran artista francesa, desciende de un avión con uniforme necamente masculino.

Galarda actuación femenina en 1914.—Desde hace tres años las damas de París han comenzado a exhibirse en trajes masculinos.—Fué Marlene Dietrich la iniciadora de esta moda revolucionaria.—¿Dará la guerra al traste con este nuevo aspecto de la coquetería?

dable de los pantalones «baloon» que algunos años después de la guerra lanzara el Príncipe de Gales para mayor comodidad de los hombres— de colores variados y ribeteados con pliegues y otros adornos destinados a hacer resaltar las florecientes bellezas de sus dueñas.

Cuando la guerra terminó con la firma del armisticio, los victoriosos «poilus» franceses regresaron a sus habituales ocupaciones cerca de las mujeres. Estas, que por desgracia para ellas estaban en mayoría, y que, según las estadísticas oficiales, continúan estándolo, devolvieron casi totalmente sus trabajos a los hombres, y, sobre todo, trataron de feminizarse lo más posible, para lanzarse a la conquista de los conquistadores. Los pantalones, radicalmente, desaparecieron de la guardarropía femenina, y las mujeres francesas volvieron a ser esas adorables muñecas cuya fama ha llegado a los más apartados confines. Volvió París a su tradicional esplendor; tornaron los modistos a imponer sus dictados sobre los atavíos de las damas; los frascos de esencia de los perfumistas parisinos envolvieron con sus aromas a las damas elegantes de la tierra... El París en derroche de la post-guerra escaló otra vez la cima de sus embrujamientos y sus tentaciones.

La mujer de París, sin pantalones, simplemente volvió a ser «la mujer de París»...

En los últimos años se ha acusado en Francia un retorno a lo que pudiéramos llamar el pantalón en la mujer. Fueron las playas próximas a París las que primero lanzaron esta moda que demolió tantos prejuicios y levantó tantas protestas. La



Una mujer con pantalones y bombín en la man...
mujer, frente al mar, dejó la tiranía de las faldas para sumergirse en la comodidad de los pantalones. La innovación se recibió con aplausos. Y hoy en todas las playas del mundo las mujeres pululan enfundadas en sus pantalones, holgados en el radio flexible de las choquezuelas para ceñirse después, perversamente indiscretos, a la altura del sacro y del coxis.

La mujer, de pocos años a esta parte, en el terreno de la moda, se ha ido sintetizando. Abandonaron los corsets con sus varillajes torturadores; inventaron el traje sastre, que de la cintura

hacia arriba las semeja al hombre, usando camisas con yugos y hasta con corbata. Después vinieron las dos grandes revoluciones: la falda corta y la melena. Aquí la moral tradicionalista fué abatida en uno de sus reductos más firmes. Las faldas se recogieron del tobillo a las rodillas, y las cabelleras, que en algunos casos llegaban a las rodillas, se cortaron a la altura de la nuca y a veces hasta encima de las orejas. Todavía recuerdo, cuando la saya breve se combatía en la Habana, un cuplet que puso de moda la Mayendía o Amalia Isaura, lleno de picardía, de gracia y sal española, cuya primera estrofa decía poco más o menos así:

«Toda la gente se queda absorta
«Al ver que llevo la falda corta;
«Y es que no saben cuánto me carga
«El uso diario de falda larga».

Abandonando estos viejos recuerdos de la Habana de mi niñez, volvamos a los pantalones de la mujer de París.

Las innovaciones del atavío femenino que hemos señalado y que son hartamente conocidas de todos, parecían haber llegado a su máximo revolucionario. La falda, más o menos larga, es el distintivo por antonomasia del traje de la mujer. Sin embargo, en los dos o tres últimos años, el pantalón volvió a ser exhibido por algunas damas de vanguardia sobre los bulevares parisinos. Esta vez no se trataba, como en los tiempos de la guerra, de una medida ajena a los postulados de belleza. Era, exactamente, todo lo contrario. Desde las playas algunos pantalones se escurrieron hasta París. Los famosos señores que han monopolizado el derecho, desde sus templos de la calle de la Paix, de decir a las mujeres lo que tienen que ponerse para embellecer sus humanidades, prestaron cierto calor a la idea que fué aceptada por las que pudieran llamarse gloriosas «pioneers» de la moda.

La principal responsable directa de haber puesto fuego a la mecha de este polvorín parisién es, sin duda alguna, la famosa Marlene Dietrich. En uno de sus últimos viajes a la Capital de Francia, desembarcó en la Estación de San Lázaro, con un traje completo de hombre, cortado según el último grito hollywoodense, de pantalones inverosímilmente anchos, de americana de un solo botón con hombreras abultadas, talladas a escuadra, la seda de su melena escapando de la débil cárcel de un minúsculo sombrerito de viaje y parapetada detrás de sus populares y gigantescos espejuelos ahumados...

Millares de retratos de Marlene así ataviada circularon en todos los periódicos y revistas de París. A poco le surgieron imitadores. El traje masculino comenzó a verse en París, en sus casinos, en sus teatros, en sus cabarets, en sus hipódromos. Marlene Dietrich, con una «boutade» muy de ella, a punto estuvo de revolucionar plenamente a la mujer parisina. Lo que durante largos años no habían podido lograr con sus exhibiciones sistemáticas en todas partes feministas del fuste de Madame Astié de Valsayre y de Madame Marc de Montifaud, vestidas siempre a la moda masculina y cubiertas sus cabezas con el popular bombín parisién, pudo realizarlo Marlene Dietrich, a las pocas horas de llegar a París, con sólo haber bajado del tren en traje completo de hombre.

El pantalón que Marlene impuso inconscientemente a las mujeres de París, halló su eco entre sus colegas del cine y del teatro. Muchas de las «vedettes» mimadas de Francia han sido las primeras en imitarla. La paridad de la mujer al hombre tiende, pues, a ser completa. Si la parisina así lo dispone, todas sus colegas en sexo del resto del mundo tendrán que acatarlo. Bastaría con que seriamente lo dijese Patou, Schiaparelli, Lanvin, Lelong y toda la pléyade intangible de dictadores de la moda.

La avalancha de masculinizarse las mujeres se intensificó en los días en que Francia celebró el ciento cincuenta aniversario de la Revolución Francesa. Diríase que las mujeres quisieron aprovechar los momentos en que se festejaba la adquisición de los Derechos del Hombre, para asimilarse aún más estas conquistas del sexo feo.



Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL.

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL
ANTISEPTICOS COMPUESTOS
preparada según las formulas del Doctor PASTEUR
Casa L. FRERE - 19, Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
Fabricada en Habana, Cuba Apartado 2143
y en sus FILIALES en Cienfuegos y La Cabaña, CUBA
J. P. FRERE

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

No sé lo que resultará en definitiva de esta válvula de escape abierta por Marlene Dietrich. La guerra que acaba de iniciarse en Europa pone un dique a todas estas manifestaciones coquetileras. La mujer francesa, tal que en 1914, no piensa en ella para pensar en la patria. Como en 1914 comienza a sustituir al hombre en sus labores masculinas. Y es muy probable que, al igual que antes, vuelva a adoptar las ropas masculinas para facilitarse el trabajo que la espera. Cuando la paz vuelva a firmarse, ¿se feminizará de nuevo dando de lado al pantalón? ¿O continuará usándolo en contra de la corriente milenaria?...

Mientras tanto, ¡viva la mujer de París, aunque sea en pantalones!...

Octubre, 1939.

ACTUALIDAD

Lo que pasa a la mayoría de los hombres es que trabajan demasiado para lograr cosas que no deberían desear.

:-: :-:

La única diferencia entre el anticuario y el comerciante en desperdicios está en el precio que pagan ambos por cosas inútiles.

:-: :-:

Hay gente que nace pobre, otra que llega a pobre y otra hace pobres...

:-: :-:

Después de seis meses de casada la mujer usa menos adjetivos.

Octubre 19, 1939.



Una Nueva Doctrina Americana

T El tema quizá ha surgido por «llevar la corriente a la actualidad»; pero es el caso que en los Estados Unidos ha brotado, de pronto, una especie de fiebre «de la seguridad», y se habla—en las Cámaras, en la radio, en los periódicos—de la necesidad americana de una zona que abarque la extensión necesaria para la defensa del Canal de Panamá. Quien mejor, o más claramente ha expresado esa necesidad, ha sido el senador Lundee:

—Los Estados Unidos tienen necesidad de comprar, por lo menos, 50 islas para garantizar la protección del Canal.

El senador americano estima que todas las islas que se hallan en un radio de acción de 2.200 kilómetros del Canal deben pasar a poder de la Unión.

Las afirmaciones del senador Lundee constituyen una fantasía; fantasía por la razón de que hay que contar, para lograr el propósito, con Inglaterra, Francia y sus posesiones antillanas. Si se mira, aunque sólo sea superficialmente, un mapa de las pequeñas islas, se comprende inmediatamente que este pensamiento es irrealizable sin la colaboración de las dos potencias europeas. Tal vez por ello, posteriormente, otros elementos han aclarado el pensamiento al decir que, «comprando u obligando», debe desalojarse a Francia e Inglaterra de las antillas. Un político de la actual situación, Curran, lo ha esbozado ya sin ambages. Otro personaje—que no es político precisamente—, Lind-

bergh, en una conferencia radiada, insistió sobre el tema, y aun invocó la Doctrina de Monroe para conseguir lo que, a su juicio—y el de miles de americanos tocados en lo «hondo» de su seguridad imperial—es indispensable para esa garantía, no precisamente en el Canal, sino a todo lo largo del Atlántico. El tema, pues, está ambientado. La opinión americana valora esa necesidad y se inquieta, tal vez exageradamente, pero haciendo con ello el juego a los políticos. ¿Abordará la Unión el asunto, directamente hacia su resolución?

No creemos, por lo menos en fecha próxima, que el tema llegue a quitar el sueño a los americanos. Es curioso observar las reacciones yankees respecto a las antillas, y aun los países americanos, porque señalan la trayectoria de la política americana en los últimos tiempos.

Sin que obedezca—aparentemente por lo menos—a un método determinado y estudiado, los Estados Unidos han marcado, en su orientación política con nuestros países, primero este papel: el de exportadores que se apoyan en una fuerza armada. Después: el de amigos que ante todo se preocupan por la garantía de su expansión económica. Y últimamente, en esas expansiones patrióticas de Lundee, Lindbergh, etc.

La época de aquella expansión apoyada en la fuerza, dió como resultado unos hechos que todos conocemos: desembarcos en Veracruz, intervenciones en Haití y Santo Domingo, invasión en Nicaragua, por no citar otros excesos. Tal orientación de la fuerza tuvo que ser abandonada, no precisa-

En este mapa se muestran las posiciones más importantes, dentro de las Antillas (mayores y menores), que podrían «cubrir» y proteger el Canal de Panamá, muchas de ellas en poder de Francia e Inglaterra.

ooo

mente por la intervención rooseveltiana como se ha dicho, sino por una imperiosa necesidad de cambiar procedimientos que, a la postre, favorecían a otras naciones exportadoras. No obstante, fué Roosevelt quien dió la pauta y perfiló la nueva política, partiendo de lo económico. Desvalorizado el dólar, aumentó la producción americana de exportación. Esto, por otro lado, proporcionó un alza en el trabajo, y la industria siguió una curva ascendente de exportaciones en Hispanoamérica, fortaleciéndose las relaciones mediante créditos (no hace muchos varios secretarios han hecho una llamada a los «países que necesiten dinero para sus asuntos nacionales», o para «comprar en la Unión»). Y todo esto es posible debido al hecho de que, de lleno en la nueva orientación, no se puede retroceder y se deja ver que ya pasaron los tiempos en que las exportaciones necesitaban al fusil del marino.

Si en México se manufacturaran artículos para su mercado, es con maquinaria americana; si Puerto Rico consume unos 80 millones al año, es de los Estados Unidos de donde los importa; Santo Domingo gasta más de 30 millones a la Unión; Haití unos 20; y Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y el Brasil, etc. La política de expansión, ahora bajo el pretexto del peligro de guerra, no es más que la continuación del Ne-

Deal, porque, para los Estados Unidos—y en el fondo para todos los países de la tierra—es más importante políticamente hablando, aumentar las exportaciones a Hispano-América, que forzar su maquinaria diplomática al margen de los intereses del resto del Continente. La política de puño cerrado y de la imposición producía siempre reacciones de violencia que repercutían en la balanza comercial. Y ahora, tanto la política de guerra como la diplomacia, sólo se mueven por cuestiones de mercados. De ahí que en la conclusión actual se note un sentido nuevo consistente en hallar colaboradores americanos, a despecho de las protestas que una política exclusivista—más o menos a lo Monroe—pueda suscitar, buscando la comprensión americana en estas palomitas antillanas e infundiendo un sentimiento de seguridad al resto de América. Las islas que cierran el Canal—que lo cerrarían, más exactamente—a despecho del valor estratégico que les concede ahora cierta opinión americana, no son más que posiciones clave para un exclusivo disfrute de los mercados del resto del Continente, cuya oportunidad de consolidación ofrecen las hostilidades en Europa.

o o o

Mas ¿qué son las pequeñas antillas?

El círculo antillano de islas—cuyos flancos posee Inglaterra—es más interesante y curioso de lo que parece a simple vista. Y no deja de tener interés estratégico y humano, sumado al comercial.

Los Estados Unidos están materialmente en el centro de las islas menores que descubriera Colón en el segundo y tercer viajes, en manos de los bucaneros por mucho tiempo.

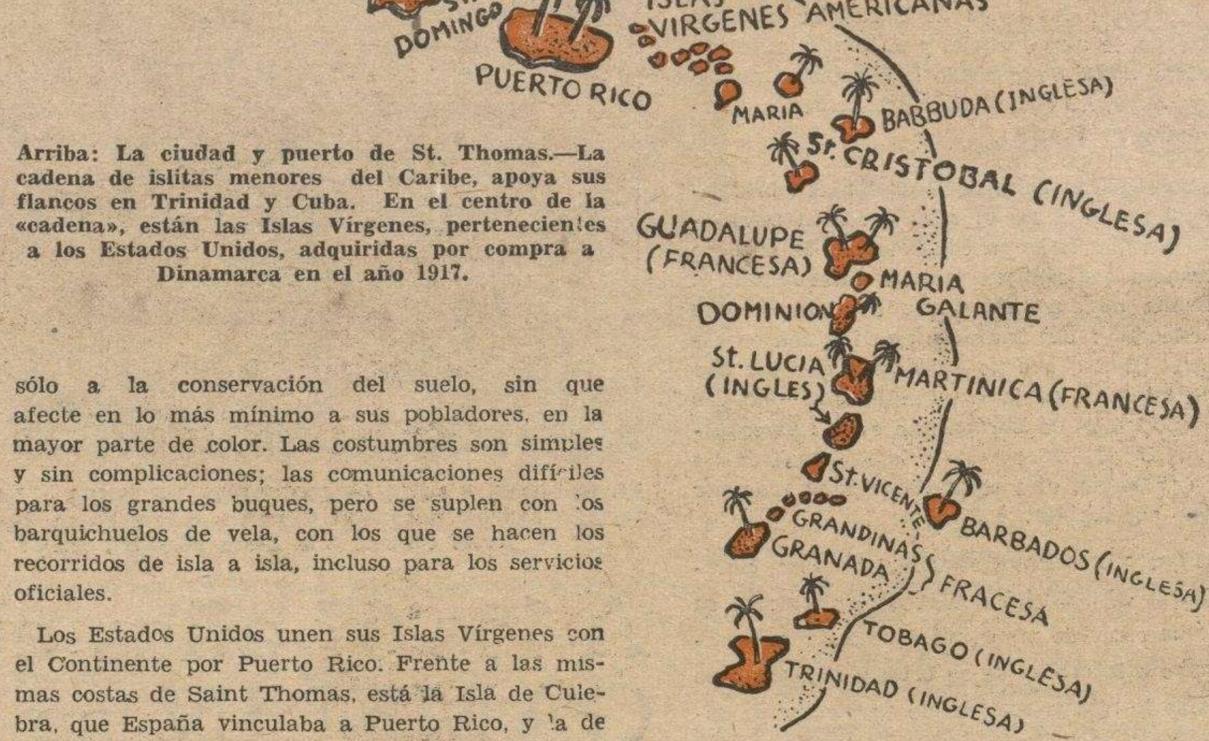
Mediante un tratado firmado en 1917 con Dinamarca, la Unión adquirió la posesión de Saint Thomas, Santa Cruz, Saint John y otras; posesión que costó al erario americano 25 millones de dólares. La población que tienen actualmente, todas juntas, asciende a 26.000 habitantes, de los cuales sólo 1925 son blancos. Lo mismo ocurre con las islas británicas; Tortola, por ejemplo, tiene una población de 3.987 habitantes, de los cuales sólo 35 son blancos.

De todo el grupo—descontando Puerto Rico, sólo a 180 millas de distancia—Saint Thomas—llamado antes Carlota Amalia—es la más importante; podría decirse que es la capital de todas las islas Vírgenes en poder de los Estados Unidos. Su población no baja de ocho mil ciudadanos.

En Saint Thomas puede decirse que los Estados Unidos están concentrando toda su atención, desde hace algunos años, particularmente desde que subió a la presidencia Roosevelt. Es allí donde se hicieron los primeros ensayos de gran envergadura, de Corporaciones del Estado. Allí donde se montó una gran destilería patrocinada por la NRA; donde se iniciaron en gran escala las construcciones por cuenta del Estado, formándose cooperativas impulsadas por los elementos oficiales.

Caso de un conflicto, los Estados Unidos verían envueltos o poco menos, en sus posesiones antillanas, de no tener una superioridad irresistible en ese centro de la cadena insular. Esta mezcla antillana apenas pesaría en el sentido humano de la balanza de los hechos. Las razas que pueblan esos pedacitos de tierra que le salen al mar en esas latitudes son muy diversas. Se habla desde el danés hasta el «patois». Holanda está anclada, además de Curazao y Aruba, en Saba, imponente macizo donde tiene una academia naval; Dinamarca dejó a los Estados Unidos, su idioma y sus costumbres, que se destacan en la vida de las ciudades como Fredericksted y Christiansted; Francia tiene en Martinica y Guadalupe su representación destacada, y por último, en todas, se habla un poco de español, particularmente en la de Trinidad, sólo a tres horas de navegación de las costas de Venezuela, en el Golfo de Paria, donde desemboca el Orinoco.

Pero ante todo, la vida tiene el sello anglo-francés y la orientación colonial apunta



Arriba: La ciudad y puerto de St. Thomas.—La cadena de islas menores del Caribe, apoya sus flancos en Trinidad y Cuba. En el centro de la «cadena», están las Islas Vírgenes, pertenecientes a los Estados Unidos, adquiridas por compra a Dinamarca en el año 1917.

sólo a la conservación del suelo, sin que afecte en lo más mínimo a sus pobladores, en la mayor parte de color. Las costumbres son simples y sin complicaciones; las comunicaciones difíciles para los grandes buques, pero se suplen con los barquichuelos de vela, con los que se hacen los recorridos de isla a isla, incluso para los servicios oficiales.

Los Estados Unidos unen sus Islas Vírgenes con el Continente por Puerto Rico. Frente a las mismas costas de Saint Thomas, está la Isla de Culebra, que España vinculaba a Puerto Rico, y la de Vieques. Tienen, particularmente Culebra, una magnífica bahía, tal vez de las más adecuadas para albergar la escuadra americana.

La importancia militar de esta posesión ha sido elogiada por los marinos del Tío Sam de manera unánime; con Saint Thomas, puede afirmarse que los Estados Unidos podrían influir en su día el dominio de las Antillas.

La recta estratégica de los americanos, partiendo de estas madrigueras, está escalonada de esta suerte: Saint Thomas, Culebra, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití, Panamá. Es un recorrido corto relativamente. Cuando últimamente siguió esa ruta, desde el Canal, el Presidente Roosevelt, hizo el viaje en poco más de 25 horas; pero no se olvide lo anotado anteriormente: esto es una recta, pero dentro de un círculo, cuyos ángulos se cierran, uno en Trinidad y el otro en Haití.

Otra particularidad de este centro norteamericano de Saint Thomas, son los huracanes. En esta como entraña del Caribe, se alimentan, y de allí parten siguiendo la línea curva de la dirección de las islas.

Christiansted Fort, donde hay un Observatorio ha disparado en el curso de unos años, numerosos huracanes por su estación de avisos.

Otra particularidad de las Vírgenes, es la que constituye el negocio de los contrabandos. Descontado el de los licores, hoy casi en ruinas, las Antillas Menores son el refugio natural de todos los que viven al margen de la ley. Entre Guadalupe y Martinica, Anegada y Montserrat, Santa Cruz y Puerto Rico, existe un tráfico constante de mercaderías al margen de las regulaciones aduanales. Holanda es la que mejor ha entendido este

aspecto del contrabando, dejando libres los puertos de Curazao, Aruba, Bonaire y Saba; esto es: de todas sus islas del Caribe. En cualquiera de ellas se compran mercaderías a precios inconcebibles; pero si esto resulta una ventaja para el comprador que visite esos sitios, no lo es para el erario de otros países, pues que el contrabandista comercia principalmente con las mercaderías adquiridas en los puertos holandeses.

El contrabando de licores no ha terminado del todo; y en esto, es la parte francesa de la isla de San Martín (San Martín está dividida entre Francia y Holanda) la que lo cultiva, particularmente en las calidades más caras de sus vinos: los champañas franceses.

Vida simple y generosa, vida como desbordada; mares inconsútiles, atravesados por los ciclos muchas veces, ese circuitito de más de mil millas es uno de los pocos rincones del mundo donde todo ofrece la fresca aurora de la naturaleza.

Cuando menos lo esperáis, brota en el horizonte el velamen airoso de un brick-barca, o la vela latina, manchando el horizonte azul. Las calmas son tan temibles como los temibles ciclones; a veces se navega de bolina tan sabrosamente y deseariais que la eternidad os acogiera mecidos por la suave ondulación o alimentados por la brisa tonificante.

Mares desolados a veces; costas románticas donde quisiera uno quedarse para huir del bullicio del mundo... El día que os agitéis en son de guerra, percibiremos desde aquí el ruido del oleaje encrespado y serán nuestras costas los brazos en cruz de los abrazos.

J. M. C.

Lo que más sorprende del general Gamelin, es su vitalidad extremada. Sin ir en busca de la fuente mítica, ha descubierto el secreto de la juventud. A los 67 años su pelo todavía abundoso no ha comenzado a tomar el color de la nieve. A los 54, una edad en que otros hombres creen haber cumplido su misión terrena, la juventud de su corazón lo llevó al amor y al matrimonio, ensueño que sólo florece en la primavera de la vida.

Este hombre pequeño, ligero, enérgico, es el que ha echado sobre sus hombros la responsabilidad insólita de vencer a la maquinaria guerrera alemana, a ese formidable Ejército —sin duda el más fuerte del mundo— que en tres semanas de lucha aniquiló al ejército polaco de más de un millón de soldados, haciendo más de 600,000 prisioneros.

Quien ve al general Gamelin en traje de paisano, no sospecharía nunca que se trata del genio militar que se immortalizó en la batalla del Marne. Entonces, en aquel 1914 trágico, nadie supo la participación que tuvo Gamelin en la estrategia que detuvo y venció a los alemanes cuando ya se creían de nuevo los amos de París. La historia, sin embargo, le hizo justicia, y su patria compen-só su clara visión de guerrero llevándolo al puesto que hoy ocupa, a la jefatura suprema de las fuerzas armadas de Francia.

Se dice que el éxito de Gamelin, esa brillantez de juicio que a los 67 años continúa maravillando a los que están en contacto con él, obedece al ejercicio a que siempre sometió a sus músculos. La máxima de Juvenal, «mens sana in corpore sano», encuentra una moderna glorificación en este general francés que no envejece y que por ello aúna la vitalidad de la «sangre joven» —que las grandes potencias de Europa han estado inyectando en sus Estados Mayores— y la sabiduría de los viejos. (El diablo, dice el aforismo, sabe más por viejo que por diablo).

Sin que pretendamos ahondar el futuro, cuando se habla de Gamelin una cosa es cierta: en su vida no ha conocido nunca más que el éxito. Siempre estuvo a la cabeza de su clase y siempre supo destacarse lo mismo resolviendo problemas de estrategia en la Academia que ejercitándose en los métodos del color y la luz, cuando daba rienda suelta, en sus momentos de expansión, a sus aficiones pictóricas.

Cuando en 1893 Gamelin se graduó en la academia militar, lo hizo con el número uno de la clase. Su cerebro siempre alerta, su prodigiosa memoria y su fuerte sentido crítico, lo hacían destacarse ya en aquella lejana época entre todos sus compañeros. De Gamelin se dice que puede recitar al pie de la letra todas las órdenes que salieron de los labios de Napoleón a través de todas sus campañas.

Su genio militar parece llevar a Gamelin a ver siempre la oportunidad que se les escapa a los otros. Fué aquel oficial que no hablaba más que cuando lo interrogaban, quien hizo ver al general Joffre que había llegado el momento de atacar a los alemanes en el Marne. En aquellos momentos en que todo, hasta la moral, se había perdido, el proyecto parecía fantástico. Pero Gamelin puso tal convicción en sus palabras y tal lógica en sus ideas, que Joffre se convenció al cabo. Las órdenes del ataque francés fueron escritas por aquel comandante iluminado, cuya juventud acentuaba el brillo inextinguible de sus ojos.

Más tarde Gamelin había de volver a demostrar su habilidad para salir triunfante cuando todas las posibilidades parecían estar contra él. Hecho jefe de una división, se encontró con que seis



EL HOMBRE EN CUYOS HOMBROS DECANSA LA TAREA DE SALVAR A FRANCIA.—En esta fotografía aparece el general Gamelin—a la extrema izquierda—entrando en el edificio de un lugar secreto cercano a la Línea Maginot, don de está situado su cuartel general.

A los 67 años el GENERAL GAMELIN se prepara para la prueba más importante de su vida

El secreto de la vitalidad del generalísimo francés que a pesar de sus años no peina canas.—“No siempre debemos mandar. Algunas veces tenemos que persuadir”, dijo en el Brasil.—Acaso porque considera que “el optimismo es un lujo”, no se decidió a atacar a los alemanes mientras éstos conquistaban Polonia.

divisiones alemanas amenazaban a la suya. Lo prudente era retroceder, tratando de acortar la línea. Pero su genio o su instinto le dijo a Gamelin que la derrota se podía convertir en victoria si se tomaba el riesgo. Atacó ambos flancos del enemigo y fué éste quien se retirara.

El general Gamelin vivió seis años en el Brasil como jefe de la misión francesa que, inmediatamente después de la guerra, tuvo a su cargo la preparación del nuevo ejército brasileño. Se dice que en la nación suramericana se hizo famoso con la siguiente frase: «No siempre debemos mandar. Algunas veces tenemos que persuadir».

Otra frase, que se achaca también a Gamelin, parece expresar a las claras su paciencia y metódica actuación en esta guerra. «El optimismo —ha dicho el generalísimo— es un lujo». El no ha querido permitirse el lujo de atacar al ejército alemán, reservándose al enemigo.

Se dice que recuerda en sus menores detalles

toda la topografía de las fronteras francesas. En sus tiempos de colegial disciplinaba su memoria aprendiéndose cada noche diez líneas de un tratado de filosofía.

Se asegura también que en el año 1906, cuando se discutía las circunstancias de la nueva e inevitable guerra entre Francia y Alemania, Gamelin anticipó que el ataque germano vendría por el camino de Bélgica. Entonces no quisieron tomar en serio su opinión, cosa que el Estado Mayor francés lamentó más tarde profundamente.

Parece que el general Gamelin estaba en desacuerdo con el general Weigand en la época en que el último era jefe supremo de las fuerzas armadas de Francia. Tan grande llegó a ser la enemistad entre los dos, que ni siquiera se saludaban. Acaso a tal motivo obedece el hecho de que se haya enviado a Weigand al Cercano Oriente. Gamelin no debe tener en Francia a nadie que, en un momento dado, pudiera obstaculizar su obra.

DCE el historiador Plutarco, que los soldados de Quintus Sertorius durante las guerras en España, juntaron una gran cantidad de cenizas que hicieron pisar a sus caballos, hasta aventarlas. En pocas horas, el viento arrastró toda esa polvareda «tóxica» que ejerció sobre los combatientes un gran desconcierto por la novedad y por el aspecto teatral de su acción.

LA GUERRA QUIMICA HACE DOS MIL AÑOS

En términos modernos lo que hicieron esos soldados de Quintus Sertorius fué usar nubes de gases asfixiantes a base de potasa y sosa, residuos primordiales en las cenizas...

El hundimiento del acorazado británico «Royal Oak», preocupa a los técnicos aliados. Se sospecha en la existencia de un explosivo que sirve de carga para un nuevo torpedo cuya acción destructiva fué discretamente anunciada por Hitler en su discurso pronunciado al entrar triunfante en Dantzig. «Si las naciones aliadas —dijo el Führer— no aceptan nuestras proposiciones de paz, Alemania hará uso de una nueva arma que servirá para destruir a sus enemigos»... Hay quien cree que el acorazado británico sea la primera víctima.

La forma de hundirse el «Royal Oak» no tiene antecedentes en las batallas marinas. Aunque el buque ya era un poco viejo, pues había sido construido en el año 1916, sus últimas reparaciones le colocaban en un estado casi indestructible ante los torpedos. Su enorme coraza, cuyo espesor es un secreto, era inmune no sólo por su grosor, sino por esos nuevos dispositivos llamados «bulges» que han sido añadidos a los buques ingleses como medios decisivos en contra de los ataques submarinos. Y no obstante tales defensas, la tragedia duró unos cuantos minutos.

EL CAÑON «A A», ESPERANZA DE LA DEFENSA AEREA BRITANICA

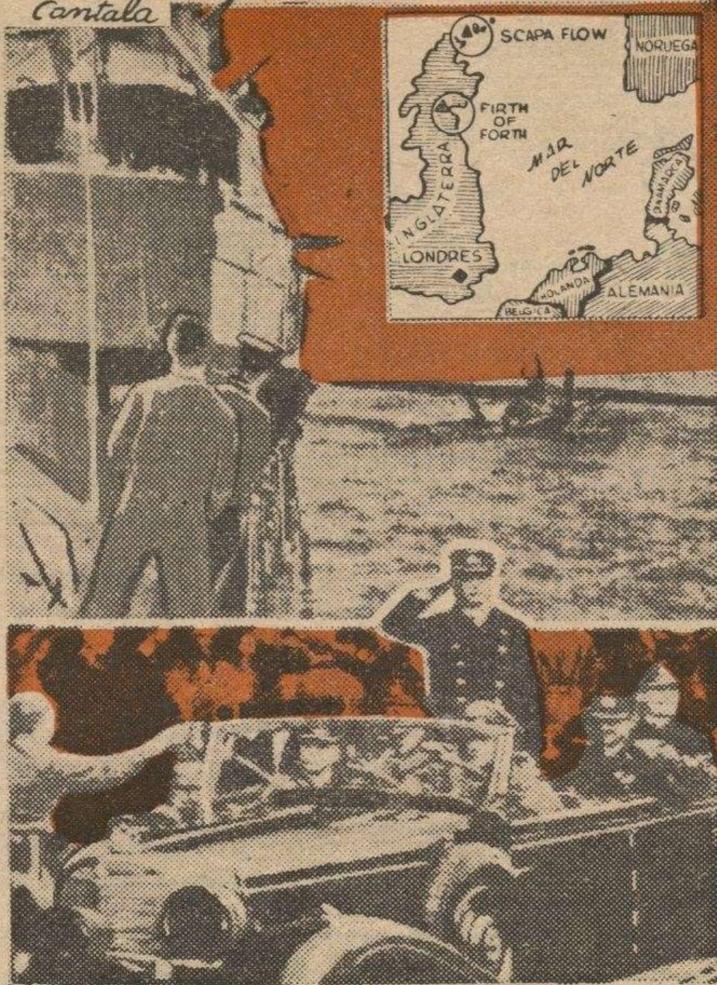
Por otro lado Inglaterra cuenta también con elementos aniquilantes para compensar la temible acción de la aviación alemana. La artillería «antiaérea» ha adelantado entre los ingleses hasta hacer casi invulnerables las Islas Británicas por el aire. En el año 1918 se necesitaban 7,500 disparos para derribar un aeroplano. Los ingleses poco antes de finalizar la guerra, alcanzaron «éxitos enormes» al conseguir un impacto por cada 8,000 cañonazos. De cada cinco aeroplanos derribados en aquellos días, sólo uno fué víctima de la artillería antiaérea. Hoy el cañón «A A» que se limita a disparar en contra del cielo, caza a sus víctimas con una precisión casi parecida a los cañones de tierra.

Los «antiaéreos» disparan en grupos de cuatro guardando un tiro sincronizado. Su radio de acción ópera en los 17,000 pies de altura (situación de un aeroplano de bombardeo) tomando en consideración que dicho aeroplano marcha a una velocidad media de 250 millas por hora. Las balas son de un calibre de 4,5 pulgadas y su acción no es directa sobre el enemigo, sino indirecta en virtud de una explosión que origina vibraciones inmensas que no puede aguantar la débil estructura del avión. El término medio de la zona «vibratoria» de estas granadas es de 125 yardas en el sentido longitudinal y 100 en el sentido transversal, o sea que un solo disparo cubre un área extensísima del aire. Como cada grupo antiaéreo está formado por cuatro piezas, quiere decir que los disparos sincronizados de estos cuatro cañones cubren un perímetro muy extenso.

OJOS, OIDOS Y DETECTORES DE RAYOS CALORICOS «HUMANIZAN» LAS BATERIAS ANTIAEREAS

Estas baterías tienen además «sus ojos» consistentes en un grupo de aparatos formados por telescopios, telemetros (que miden la distancia del enemigo) y otros instrumentos que calculan además de la altura, la velocidad del pájaro. El «cerebro» de la batería le forma otro grupo de delicados aparatos que los ingleses titulan «predicador» y cuyo objetivo es ordenar la inclinación del cañón, el alcance del tiro, la velocidad del viento, la trayectoria de la bala, la densidad del aire y otra porción de circunstancias de orden físico que

La Guerra
por el Sr Julio Cantala
CIENTIFICA



Los recientes episodios de Scapa Flow, donde fué hundido el «Royal Oak», y del Firth of Forth, dan la pauta de la clase de ofensiva que los alemanes se proponen usar para quebrar el poder naval británico que aprieta el bloqueo. La foto arriba muestra los restos de un avión alemán derribado en la costa de Escocia en el Firth of Forth y a un destructor británico cuya tripulación se prepara para socorrer a los naufragos enemigos. Abajo se ve al teniente comandante Prien, del submarino que hundió al «Royal Oak», recibiendo las aclamaciones de Berlín, de pie en el automóvil en que lo acompañan algunos de sus oficiales. Ambas son Radio Fotos Acme Editors Press. La segunda fué tomada en Berlín el 18 de octubre.

integran la ciencia de la balística. En cuanto a los «oidos» que avisan la llegada de los pájaros enemigos, se guarda un gran secreto entre los altos mandos; la mayoría de ellos están basados en los mismos principios que los «sismógrafos», instrumentos que la geología usa para el estudio de las vibraciones en los terremotos. Otros de estos aparatos se basan en un principio de física moderna «que permite ver la débil luz de una bujía a distancias enormes»... Las irradiaciones ínfimas del aeroplano y que nuestro ojo no puede alcanzar, son cazadas por galvanómetros muy sensibles que toman esos «rayos ínfimos» y les dirigen en contra de una célula fotoeléctrica, la cual por su excesiva sensibilidad denota la presencia de un rayo luminoso allá lejos, muy lejos donde nuestra pobre retina no alcanza. Otros aparatos cazan los rayos caloríficos que emanan los aeroplanos (rayos infrarojos) y así anuncian la llegada del avión mucho antes de que los registradores del ruido lleguen a notar las vibraciones de la hélice. Este fenómeno se debe a que esos rayos infrarojos caminan a la misma velocidad de la luz o sea 300,000 kilómetros por segundo mientras que el sonido no pasa de los 340 metros. El rayo calorífico es registrado por los

TANQUES Y ANTI-TANQUES

Otra de las armas infernales que atrae la atención del mundo es el «tanque» creado en el 1917 y hoy construido hasta la suma perfección. Existen tres tipos de tanques: el ligero de 3 a 10 toneladas armados con ametralladoras; el «medio» de 10 a 30 toneladas con uno o dos cañones de 47 milímetros, seis ametralladoras con una tripulación de cinco hombres y el «pesado» de 30 a 70 toneladas con cañones de 75 milímetros, ametralladoras y ocho a diez hombres de tripulación. El cometido de estas máquinas infernales es el aclarar el camino para que por él pase la infantería.

Parece ser que Alemania sólo dispone de tanques de tipo ligero y Francia cuenta con una Armada numerosa de los «pesados»... Pero así como se inventó el tanque, también la ciencia artillera construyó el «cañón antitanque»; arma de una excesiva velocidad, cuya acción es «directa» sobre el enemigo como que la bala perfora la armadura

de cualquier tanque. Oficiosamente se afirma que Alemania cuenta con numerosas unidades de este cañón hasta llegar a 72 por cada División, mientras que Francia sólo tiene 58 e Inglaterra 50.

RAYOS DE LA MUERTE Y «CULTIVOS» DE GASES MORTIFEROS

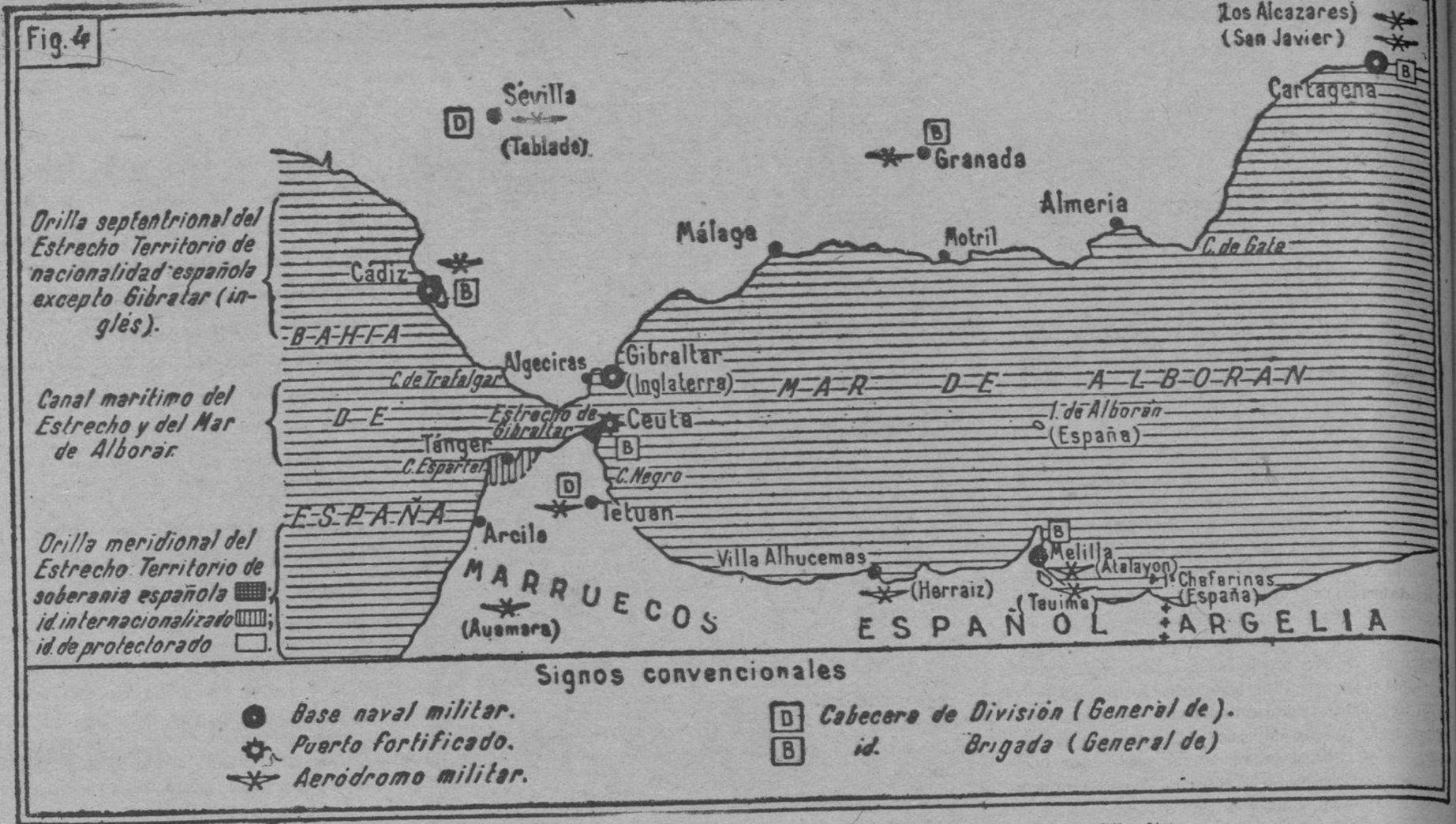
Entre estas nuevas máquinas de guerra, se citan medios destructivos cuya existencia nadie ha podido confirmar. El temido «rayo de la muerte» creemos que por ahora no ha pasado de la categoría de experiencia de laboratorio. Efectivamente se ha conseguido matar palomas, ratas, conejos y otros animales diminutos, pero su uso en los campos de batalla suena científicamente a imposible. Actualmente sólo existe un tipo de rayos que definitivamente se puede calificar como mortíferos. Son los llamados «catódicos», originados dentro de los tubos de las máquinas de Rayos X, que sabido es, matan las células del cáncer y muchos elementos vivos. ¿Pero cómo producir estas energías en el campo de batalla sin tenerles dentro de los tubos productores de «Rayos X»?...

Se habla de rayos que detienen a los motores y plantas eléctricas de una nación. El «New York Times» dedicó hace un bien escéptico editorial a la idea sugerida por Kurt Doberer de que en esta guerra se usarán unas sustancias misteriosas que, dejadas caer en una zona, seguirán produciendo por semanas gases mortíferos.

LA «ACETILCHOLINA»

Quizá el arma más exótica hoy mencionada en los centros científicos, es un cuerpo que se produce en cierta parte del sistema nervioso del hombre y que se titula «acetilcholina»... (¡La Fisiología al servicio de la Guerra...!) Es un compuesto orgánico cuyo origen radica en las ramas terminales del nervio «pneumogástrico» o «parasimpático».

La acción de este producto biológico es parecida a la del veneno de las setas (muscarina) y consiste fundamentalmente en retardar los latidos del corazón y dilatar las arterias. Por exceso de esta misteriosa «acetilcholina» se ha visto que los gatos no reaccionan ante la presencia del perro...



Esquema de las bases militares, navales y aéreas, en torno del Estrecho de Gibraltar.

FUE un sabio inglés, Green, el que demostró experimentalmente que la corteza terrestre, al enfriarse, tiende a tomar la forma de un tetraedro, es decir de una pirámide de caras triangulares en la que podemos tomar como vértice el polo Sur del planeta y como base la cara, en cuyo centro está el polo Norte. Así nuestra Tierra, por virtud de esa forma tetraédrica y de la diferente velocidad de rotación de sus elementos, ha sufrido una natural torsión, lo que ha provocado, en consecuencia, la línea de ruptura que circunvala al Mundo y que ha sido bautizada por los geógrafos con el nombre de «Depresión mediterránea» o también con el de «Depresión intercontinental». Este anillo tiene en la economía del globo y, por tanto, en la estrategia, un valor y una trascendencia superlativas. Basta, efectivamente, con decir que la cintura de esa depresión la jalonan el istmo de Panamá, en América; el atlántico, entre el nuevo y el viejo continente; Gibraltar y el Mediterráneo, entre Europa y África, el golfo Pérsico, las llanuras de la India, el Mar de la Sonda, en Asia, y, en fin, la gran fosa del Pacífico, entre este continente y el de América.

El lector comprenderá ahora bien toda la importancia estratégica de esas etapas que se llaman Gibraltar (Estrecho), Suez, Singapur (Estrecho de Malaca), Hawai, Panamá, etc.

Coincidiendo con esas cabezas de etapa, e intervelando ese amplio jalonamiento—señalado por nosotros sin tupir más, para mayor claridad—, las potencias han establecido los grandes puertos de escala de la navegación, que, al mismo tiempo, son puertos militares; depósitos de carbón, de petróleo y de víveres; lugares en donde se pueden carenar y reparar los buques, amarrar los cables submarinos, levantar las antenas de las estaciones de la red radiotelegráfica y, casi siempre, fijar también aeródromos y cuarteles de la aeronáutica militar.

Tal es, por ejemplo, el colosal jalonamiento británico de la ruta de Oriente que, partiendo de la metrópoli, llega a la China, Australia o Nueva Zelanda, y tiene en Gibraltar—allí donde el Me-

GIBRALTAR,

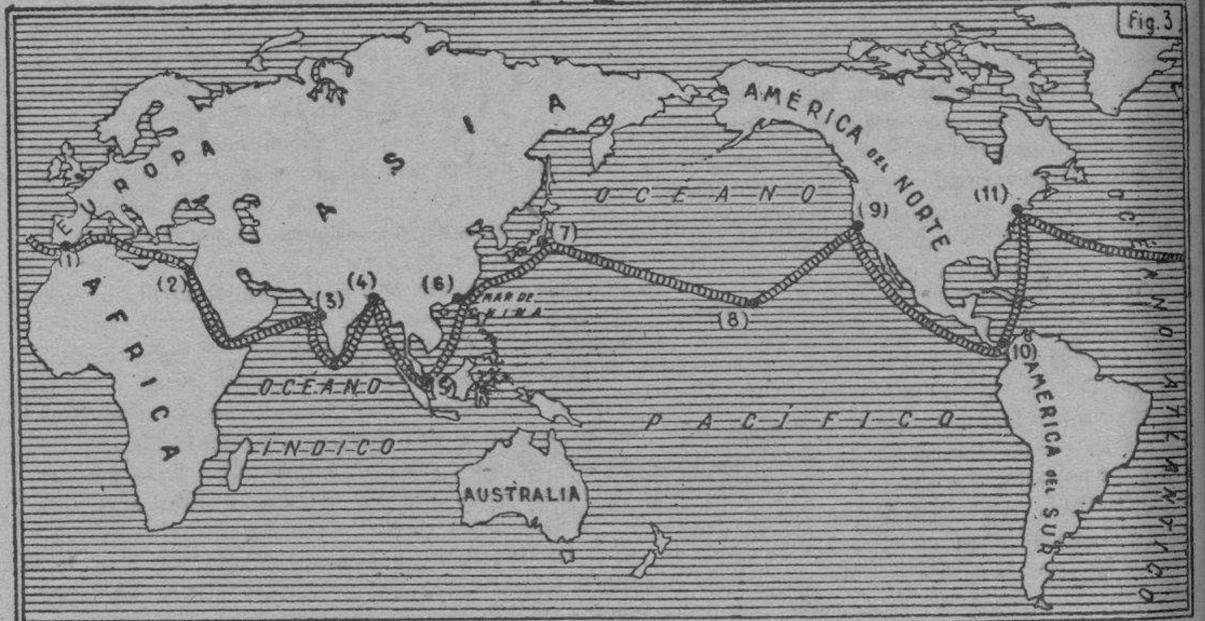
el paso estratégico más importante del mundo

Lo cruzan 18.000 barcos mercantes al año, con millones de toneladas de mercancías. Suez y Panamá juntos no tienen tanto tráfico.—Gracias al Estrecho, por el agua atlántica no se seca el Mediterráneo.—En cuatro siglos hubiera quedado convertido en un

gran desierto de sal, con una capa de cincuenta y dos metros de espesor.—El mar latino recibe 27.000 millones de metros cúbicos de agua al año.—En potencia hidráulica, las corrientes del Estrecho suponen más de 30.000 millones de caballos de vapor.

diterráneo y el Atlántico se ponen en contacto—la primera cabecera de etapa de la serie. La política británica, antes de que su compatriota Green nos

explicara la teoría tetraédrica y el fenómeno de la torsión, ya se había adelantado previsora y juiciosamente, con su habitual buen sentido, a tomar



Esquema de los principales canales, estrechos y puertos de la ruta de circunnavegación mundial: (1) Gibraltar (estrecho); (2) Suez (canal); (3) Bombay; (4) Calcutta; (5) Singapur; (6) Hong Kong; (7) Yokohama; (8) Hawaii; (9) San Francisco; (10) Panamá (canal); (11) Nueva York.

siones a tiempo sobre el círculo de la depresión intercontinental...

GIBRALTAR

El estrecho de Gibraltar, como casi todas las angosturas marítimas, estrechos y canales del globo, es una cicatriz relativamente moderna del relieve terrestre. Los geólogos, efectivamente, aseguran que su apertura fué en el terciario, relacionándola con el paroxismo de las convulsiones del período alpino, explicación científica de la fábula imaginada por los antiguos para comprender el cataclismo que atribuyeron a Hércules. Rota, en fin, la horquilla orográfica del macizo bético y de la cadena rifeña por el punto de su máxima flexión, las aguas del mar Interior y del Océano se mezclaron desde entonces, produciendo el constante transcurrir de ellas un aumento notorio en la distancia de una a otra orilla, sin que a la postre ella sea mayor de trece kilómetros y medio—¡el alcance, apenas, de un cañón moderno de campaña! ¡La mitad de alcance de una pieza actual de calibre medio! ¡¡La tercera parte de la distancia a la que podría ser lanzado un moderno proyectil de una tonelada de peso, por un supercalibre!!—en la parte más estrecha (entre las Puntas Lanchones y Guadalmesí); ni de 23 la que separa a Gibraltar (punto de Europa) de Ceuta (punta Almina).

Los fondos del estrecho ofrecen una particularidad: la de ser mínimos en el meridiano de Trafalgar—alrededor de 300 metros—, mientras que corresponden profundidades mucho mayores a la angostura propia del canal (700 metros, en el meridiano de Punta Carnero, que cierra por oeste la bahía de Algeciras; 1.000, en la desembocadura oriental). Tal anomalía es la que parece haber aconsejado a la Comisión encargada del estudio del túnel submarino del estrecho de Gibraltar el proyecto de su trazado a poniente de la máxima angostura del canal.

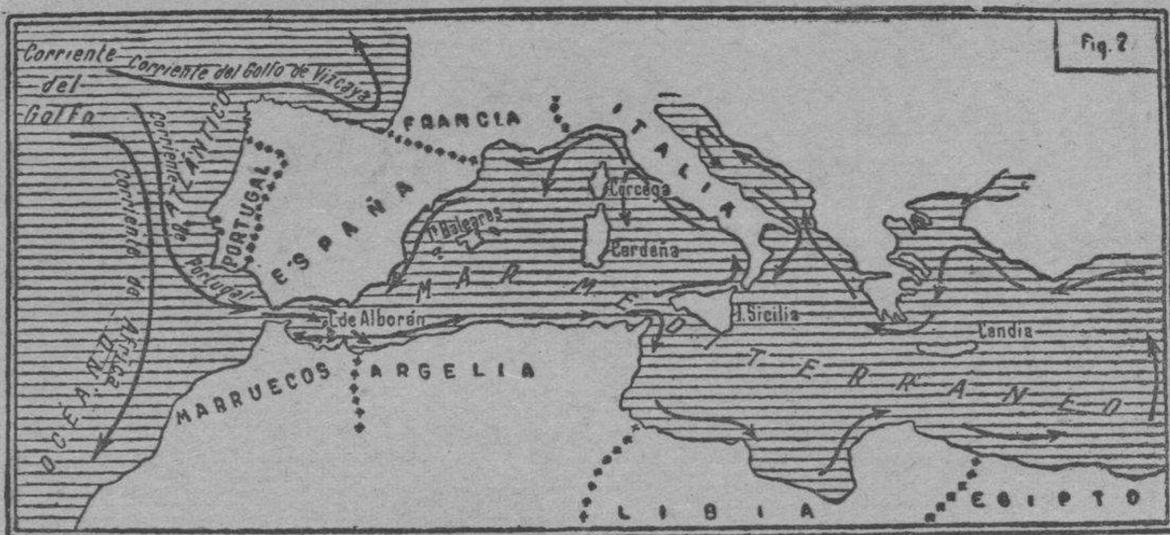
El intercambio de aguas entre los dos mares Atlántico y Mediterráneo, es, pues, meramente superficial. Aunque el primero tiene enormes simas, que llegan hasta los 8.500 metros (depresión del noroeste frente a las Antillas y costas norteamericanas), y el segundo alcanza los 4.400, entre Creta y Egipto—siendo el nivel medio de su fondo de 1.400 metros bajo la superficie del mar—, es lo cierto que, como se acaba de decir, apenas si se relacionan aquellos mares más que por encima de los 300 metros de agua que quedan sobre el espinazo del meridiano de Trafalgar.

UN VERDADERO MAR CERRADO

El Mediterráneo es, pues, un verdadero mar cerrado físicamente, lo que se advierte bien al observar la uniformidad de la temperatura de sus aguas, que oscila en la superficie entre 22 y 26 grados, y que, precisamente, a 300 metros por debajo de ella acusan constancia térmica, fijada en 12.7 grados.

Sin embargo, aunque limitada a la superficie el intercambio de las aguas verdes oceánicas y el de las azules del Mediterráneo, el fenómeno tiene una gran importancia y una trascendencia definitiva en la economía vital del mundo. Veamos por qué.

Los tres millones de kilómetros cuadrados que cubren el Mediterráneo, con todos sus apéndices, sufren una evaporación intensísima, que ni las lluvias, ni los manantiales submarinos, ni las aportaciones de los ríos son capaces de compensar. Se



Esquema de las corrientes marítimas superficiales en el Estrecho y del Mediterráneo

ha calculado que, supuesto hipotéticamente cerrada la boca del estrecho e incomunicado, por consiguiente, el Mediterráneo y el Atlántico, el primero de estos mares quedaría convertido en una capa de sal, de cincuenta y dos metros de espesor, en el transcurso, poco más, de cuatro y medio siglos.

He aquí la primera función benefactora del estrecho de Gibraltar: la de salvar al mundo del gran cataclismo que significaría sustituir el Mediterráneo, el viejo mar de la Civilización, por tan colosal como desolador desierto de cloruro de sodio.

Para evitar tal catástrofe, el Atlántico envía superficialmente, sus aguas al Mediterráneo por el canal del estrecho. Estas aguas, en razón de la menor salinidad del Océano con respecto a la del último mar, tienden a disminuir la de éste, mientras que, cooperando a la realización del fenómeno, las aguas fuertemente saladas mediterráneas salen hacia el Atlántico por debajo de aquella corriente superficial, ello a causa de su mayor densidad.

El intercambio del agua es, por tanto, doble: del Atlántico al Mediterráneo, según una poderosa corriente superficial; del Mediterráneo al Atlántico, según otra corriente contraria y por debajo de la anterior.

La primera corriente aporta al Mediterráneo, a costa del Océano, un volumen anual que se ha calculado en la enorme cifra de veintiséis mil millones de metros cúbicos.

¡He aquí un colosal reservorio de energía hidráulica puesta en potencial en la costa misma de España y cifrada en unos 30.700 millones de caballos de vapor, y cuya explotación—de ser posible un día—nadie sería capaz de saber hasta qué punto no revolucionaría la economía del mundo

LAS COLUMNAS DE HERCULES

«Abyla» (promontorio del monte Hacho; península de la Almina; Ceuta) y «Ca'pe» (peñón de Gibraltar), eran, según la fábula, las dos columnas de Hércules, y en ellas situó la tradición el fin del mundo. No es que en absoluto al través del estrecho dejaran ya de aventurarse en las aguas oceánicas las naves púnicas; pero prevaleció por entonces y durante muchos siglos después un natural terror hacia el Océano, que era siempre

durante la Edad Antigua y Media el «Mare Tenebrarum», mientras que Platón recoge de la última charla de Sócrates aquella graciosa imagen, según la cual, desde Fasis (mar Negro) hasta las Columnas de Hércules, vivía la vieja civilización en torno del Mediterráneo, como las hormigas

El descubrimiento de América desplazó hacia el Atlántico la actividad del tráfico naval. Y, por tanto, las aguas del Océano se tornaron en frecuentes teatros de batalla entre las escuadras que se disputaban la supremacía de los mares. El Mediterráneo quedó lugar propicio para las luchas de los corsarios y para las zozobras de la piratería, mantenidas hasta bien entrado el siglo último.

El gran obstáculo que se imponía a la navegación a vela, aislando al Mediterráneo del Atlántico, radicaba precisamente en ese río superficial, la corriente atlántica, a la que antes nos referimos, que con su fuerza impetuosa y su gran velocidad resultaba difícil de remontar para los veleros, y, desde luego, imposible de vencer cuando el soplo de Eolo no les era propicio.

Dos hechos casi simultáneos ocurridos hacia la mitad del siglo habían de cambiar radicalmente este estado de cosas: Uno de ellos fué la iniciación de las obras de apertura del Canal de Suez. Otro, la aplicación del vapor a la navegación, ya suficientemente generalizada para esta fecha. El vapor hizo a la navegación independiente de los vientos, liberando a los buques de su tutela y revolucionando las rutas del tráfico marítimo dejó de ser un obstáculo. El Mediterráneo ya no era un apéndice marítimo de la hidrosfera. La apertura de Suez convirtió al canal, que cerraba antaño «Calpe» y «Abyla», no ya en la desembocadura de un mar interior—aunque fuera de la gloriosa historia cultural del Mediterráneo—, sino que, haciendo de este mar un gran eslabón de la cadena seguida por la rotación del comercio del orbe entero, el Estrecho pasó a ser el pórtico de acceso a ese camino vital.

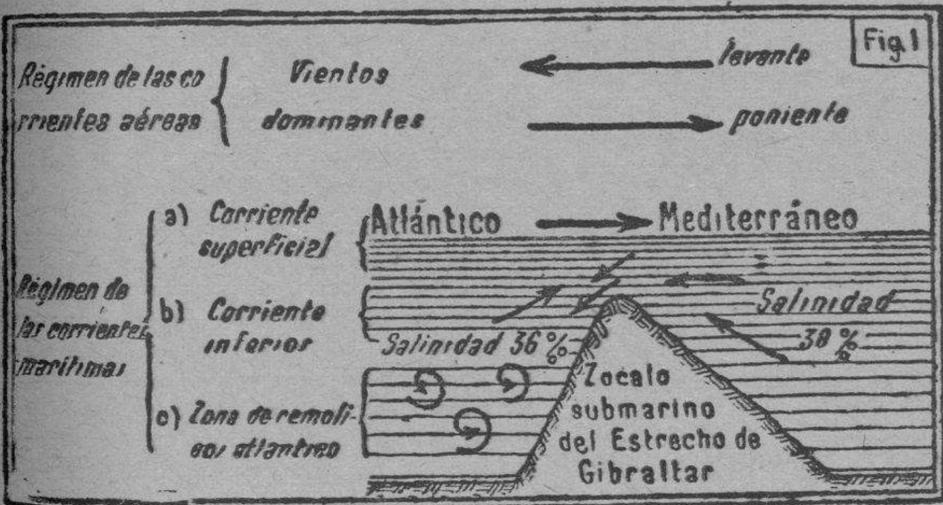
Ya no era pues, el Mediterráneo para el tráfico, aunque lo siguiera siendo para la Geografía Física, un mar cerrado. Abría ya de par en par sus puertas extremas; al Oeste, el Estrecho de Gibraltar ganado a la navegación por el vapor; al Este, el Canal de Suez, signo maravilloso de la industria del hombre. Sobre ambas puertas se asentó, con oportunidad, Inglaterra...

Las dos columnas de Hércules dejaron ahora realmente de indicar a los navegantes el «Non plus ultra».

EL TRAFICO POR GIBRALTAR

He vivido muchos años de cara hacia este estrecho brazo de mar y he presenciado, sin interrumpirse siempre, de día y de noche, la gran procesión de buques que van y vienen por el canal que separa el territorio español de la Península del territorio también español de Ceuta y de nuestro Protectorado del Norte de Marruecos. Esta actividad inusitada en ese canal, no más ancho que el río Amazonas, mantenida por el desfile incesante de buques en cuya popa flotan los pabellones de todas las marinas del mundo, no tiene cierta-

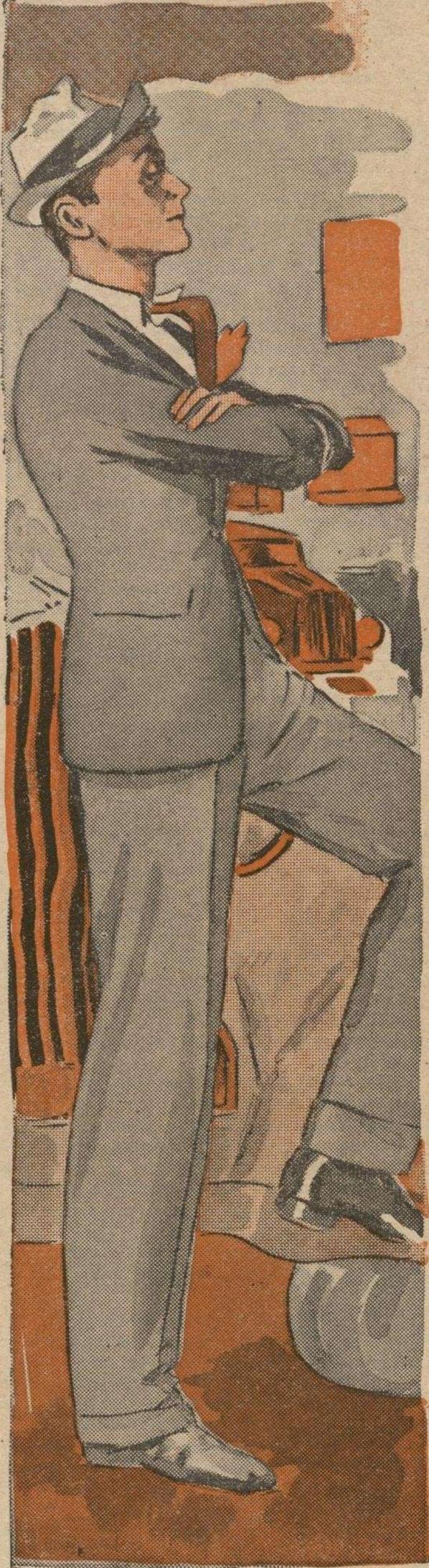
(Continúa en la página 21)



Esquema de las corrientes marítimas y aéreas del Estrecho de Gibraltar.

La luz roja

por Irene Hunt



CONSERVO desde mi más tierna infancia un recuerdo desastroso de María Elena. Está representada en mi mente por una criaturita gorda y rechoncha como una bola, siempre chillona y majadera, que sin cesar se empeñaba en quitarme todos mis juguetes. Al contar ella dos años y yo tres, enfermó su mamá de alguna gravedad y siendo la mía íntima amiga de aquélla, encargóse de cuidar de María Elena durante el tiempo que durase la enfermedad de la señora. En aquella ocasión aprendí a apreciar en su justo y espantable valor el temperamento femenino y sus caprichos... A mi modo de ver, un pirata sanguinario, un toro embravecido, no podían compararse ni de lejos con la chica.

Cuando jugaba con mi fusil, inmediatamente ponía el grito en el cielo reclamándolo para ella. Por supuesto, me negaba rotundamente a dárselo y mi madre entonces me decía con dulzura: —Aprende, Jimmy, a ser caballero... Recuerda que María Elena es una nena...— Le daba mi fusil, y refunfuñando me sentaba a edificar una torre con mis blocks de madera pintada. En seguida arrojaba lejos el fusil y clamaba por los nuevos juguetes. Y a fuerza de gritos conseguía invariablemente cuanto se le antojaba. Conocí entonces el martirio bajo sus más diversas formas.

Y si alguna vez existió criatura caprichosa, malcriada y echada a perder por toda suerte de mimos, fué por cierto María Elena Nolan.

Al ser mayorcito, comencé a cavilar que esas personas excelentes, nuestros vecinos los Nolan, no merecían tal suerte negra, tal castigo del cielo como el de tener por hija a María Elena... Cada vez la encontraba peor. Con todo desparpajo me pedía prestada mi bicicleta; tenía que prestársela, en virtud de la eterna cantinela: —«Recuerda que eres un caballero...»— y me la devolvía inservible. Y si en tales momentos, indignado más allá de toda ponderación, me atrevía a propinarle algunos buenos coscorrónes, sus gritos desaforados alarmaban a todo el barrio. Acostumbraba a sentarse sobre el cerco que divide nuestras casas, y en cierta ocasión, al verme pasar en compañía de «mi primer amor», comenzó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones: —«¡Jimmy tiene novia! ¡Jimmy tiene novia!»—y aunque obviamente era verdad, consideré esos gritos como una horrible y condenable falta de delicadeza.

Nuestras respectivas madres nos obligaban a ser corteses el uno con el otro al menos en apariencia. Debíamos cambiar regalos de Navidad, de Año Nuevo y de cumpleaños, y darnos las gracias como se estila entre personas educadas. Lo hacíamos así, pero nos desquitábamos sacándonos la lengua a espaldas de nuestras mamás, y si era posible, yéndonos a las manos.

Al contar María Elena doce años, trasladóse su familia a la costa del Oeste por algún tiempo y durante los diez años de ausencia no volví a pensar en la feroz enemiga de los días de mi niñez.

* * *

Terminé mis estudios de Medicina y la puerta de calle de la casa de mis padres lucía la fla-



mante placa: «James Morrison, Médico y Cirujano. Horas de consulta: de 9 a 11 y de 16 a 18», quedando yo a la espera de mis primeros pacientes.

Por aquel entonces volvieron los Nolan a ocupar su casa al lado de la nuestra. Y al día siguiente volví a ver a María Elena. Nuestro encuentro se produjo en la intersección de las calles Décima y Jackson, en la manera característica de nuestro pasado. Ella llegó por la calle Décima, como un relámpago, en su cochecito azul, empeñada en cruzar la calle antes de que la luz roja cediese el lugar a la verde. en el mismo instante de avanzar yo, quizá también con algo de impetu-

idad, por la calle Jackson y antes de que la luz verde no fuese sino una vaga sospecha. Chocamos con un estruendo mayúsculo; al estrépito se unieron los gritos de los transeúntes. Ambos descendimos de nuestros vehículos deteriorados mirándonos como dos gallitos luchadores, en nuestros ojos el anhelo de asesinarnos.

—A las chicuelas dañinas como tú—le dije con voz altanera y fría como el hielo, pero con toda cortesía—se les debería tratar como al exceso de gatitos recién nacidos: se les debería ahogar antes de que abriesen los ojos.

No podría describir con palabras el furor que se evidenció en su rostro al rugir:

—¿Y desde cuándo se les permite andar sueltos y manejando coches a los imbéciles como tú?

—Estas palabras no están bien en tu boca—le aseguré con toda calma.—Es posible que lo ignores, pero por aquí tenemos costumbre de respetar las señales del tráfico. De haber estado enterada de ello, podrías haberte ahorrado molestias y los gastos de reparaciones de coches ajenos. No preciso que me agradezcas la advertencia, pero trata de instruirte mejor.

Ella entornó los ojos que a pesar de todo no dejé de notar que poseían un espléndido brillo y un color pardo que en ese instante despedían destellos dorados, sin dejar tampoco de notar que sus rizos eran de un maravilloso color bronceado y que deliciosamente encuadraban ese rostro sonrosado que ahora se elevaba hacia mí con expresión furibunda.

—Sabes perfectamente que tenía tiempo de sobra para cruzar la calle—gritó—si tu tonta impaciencia no te hubiese inducido a cruzar cuando no debías y al aparecer la luz verde.

—La luz era aún roja como la más hermosa hoguera del infierno—la informé con desdén—. Aunque tú, debido a tu acostumbrado atolondramiento no lo habrás notado. Y tendrás que encargarte, quieras que no quieras, de las reparaciones a efectuarse en mi coche.

—¡La luz era verde y no roja!—gritó María Elena en el colmo del furor—. ¡Y no pienso pagar ni un centavo de esas reparaciones!

—¡Pues sí que lo harás!—grité también yo olvidándome de toda cortesía.

Durante los meses que siguieron al incidente, quedó todo el pueblo enterado de que nos odiábamos a muerte, y que si se invitaba a María Elena Nolan y al joven doctor James Morrison a la misma fiesta, había que andarse con cuidado teniéndolos bien separados. María Elena no tenía reparos en decir que preferiría mil veces morir antes que acudir a los servicios profesionales de ese doctorcillo, como tampoco éste, sin por eso dejar de sostener su dignidad profesional, en asegurar que María Elena Nolan eran veneno puro para él.

Por supuesto, en un pueblo como el nuestro no pudimos dejar de encontrarnos en sociedad a despecho de nuestra mutua antipatía. Hasta, cediendo a instancias de mi madre, me vi obligado a invitarla a bailar algunas veces y ella a aceptar. ¡Y qué bien bailaba ese pequeño monstruo! No pude dejar de reconocerlo...

Como ambos pertenecíamos a las más prominentes familias de la localidad, se nos invitó a desempeñar los primeros papeles en una comedia de aficionados que ofrecería el Club Literario a sus socios. Y una cosa es el antagonismo y otra es la ambición; quiere decir que aceptamos y que con todo ardor iniciamos el estudio de nuestros respectivos papeles, sobresaliendo en la simulación de un amor que estábamos lejos de sentir.

Mas lo hicimos tan bien que Hank Rowe, el reconocido admirador y cortejante de María Elena,



comenzó a mirarme con malos ojos. Pero la chica le aconsejó que se dejase de tonterías: que ni siquiera me miraría a la cara a no ser por el papel que ambos tendríamos que desempeñar en la comedia.

Confieso que mis asuntos profesionales en aquel verano dejaron mucho que desear. Me había asociado al viejo doctor Menners, y todo el mundo quería ser tratado por él, no quedando mucho trabajo para mí. Además, el estado sanitario del pueblo era excelente. Pero de súbito estalló una epidemia de sarampión, justamente cuando el viejo doctor Menners, debido a un accidente del tránsito, sufrió la quebradura de una pierna debiendo guardar cama y quedando bajo mi asistencia médica. El trabajo se amontonó entonces

para mí y una mañana llamó por teléfono a mi consultorio la madre de María Elena.

—Jimmy... No sé lo que le pasa a María Elena...—me dijo en tono preocupado—. Tiene fiebre altísima... ¿Podrás venir en seguida?

Le aseguré que no tardaría, para en seguida caer en la cuenta de que se me llamaba a la cabecera nada menos que de mi «mejor» enemiga. Más tarde supe que esa misma mañana en el hogar de los Nolan tuvo lugar una lucha fenomenal entre los padres y la hijita: María Elena se negaba en absoluto a ser atendida por mí, alegando que prefería hacer frente a las sombras de la muerte, mientras el padre declaraba rotundamente que no ofendería al hijo de sus viejos amigos los Morrison, llamando al doctor

Peters, el otro médico con que contaba el pueblo, pero bastante mal conceptuado debido a su poco encomiable costumbre de embriagarse. Y por una vez perdió María Elena; fué llamado el doctor Morrison, quien no tardó en comprobar que se trataba de un caso serio de sarampión.

—¡No quiero! ¡No quiero tener sarampión!— chillaba María Elena, sentada en el lecho.—¡Qué sabe ese...—la madre la interrumpió afanosa:

—¿Quieres callar, María Elena?—Mas ella continuó con su habitual impetuosidad: —¡No quiero estar enferma! El sábado por la noche tengo que asistir al baile en el club con Han... ¿Qué puede saber Jimmy?

—¡María Elena! Eres insoportable...—la madre no sabía qué hacer ni qué decir. —Jimmy tiene razón... También yo veo claramente las manchas rojas sobre tu piel...

Sin hacer caso de ella, comencé a dar instrucciones a la señora Nolan.

—Tenga a la enferma en una habitación oscurecida... Que haya siempre aire puro... La dieta debe ser ligera... y si sube la fiebre, como es bien seguro si continúa con esas rabetas, puede darle uno de estos comprimidos cada cuatro horas. Y ya sabe usted, señora Nolan, que la cuarentena es de cuatro semanas...

—Sí, Jimmy, descuida... Haremos todo lo que tú ordenas...—era obvio que la pobre señora deseaba borrar la mala impresión causada por las palabras de la hijita, y siguió hablando empujándose con suavidad hasta la puerta, en el evidente deseo de que yo no oyese las continuadas protestas que llegaban desde el lecho.

* * *

El sarampión de María Elena fué de los peores casos del pueblo. Su fiebre subió tanto, que hasta olvidó el baile del sábado y llegando a murmurar una vez: —Gracias, Jimmy—al colocar yo sobre su cabecita la bolsa de hielo. Debo decir aquí que en ese momento también yo sentí desvanecerse algo mi encarnizada aversión por ella...

A la mañana siguiente me encontré con Hank por la calle. Al verme, preguntó puntualizando el solícito enamorado:

—¿Y, qué tal, Jim? ¿Cómo la encuentras hoy?

Me disgustó la manera de interpelarme. Todos mis amigos de la infancia mostraban al menos la cortesía de llamarme «doctor». Después de todo, si se trabaja seis años para obtener el título...

Con marcada frialdad repuse:

—No sé si te refieres a María Elena, pero si es así, te diré que no hay peligro serio—. Pero continúe con perversidad—no sé si será posible que el sábado vaya al baile contigo. Este fin de semana no habrá diversiones...

—Era justamente lo que me preocupaba...—Hank miraba pensativamente sus manos bien cuidadas. —Porque deseaba invitar a Nora Carroll... y me decía que de enterarse María Elena, quizá su fiebre pudiese recrudescer...

—¡Oh, no te aflijas!—mi tono era mordaz.—María Elena tiene una constitución de hierro... No se impresiona con tanta facilidad...

—De cualquier manera, que creo que esta misma tarde pasaré por su casa. Y si su mamá me lo permite, conversaré un rato con ella: le anunciaré que para el mes próximo se preparan grandes partidos de fútbol y que desde ya la invito para ellos, lo mismo que para el baile que les seguirá...

Quizá esta perspectiva la reanime...

—¿Tuviste ya el sarampión?—lo interrumpí

—Nunca. —rió él.—Soy inmune contra estas enfermedades!

Aunque también a mí me pareciese así, no dejé de advertirle:

—Harías mejor en no entrar en la casa de los Nolan. La enfermedad es contagiosa y no siempre es exenta de peligro. Además, María Elena necesita todo el reposo posible.

Estas palabras fueron acogidas por él con una mirada de soslayo, llena de sospechas. Siguió su camino sin que hubiésemos cambiado las amabilidades de costumbre. Por la tarde lo encontré en casa de María Elena. Siendo también amigo de la infancia, la señora Nolan le había prometido un rato de conversación con la enferma. Por mi parte, lo ignoré por completo al contar las pulsaciones y él apenas si me miró al saludarme. María Elena, por su parte, parecía no estar tan enferma como para no gozar lo indecible observándonos.



Después de esto mis relaciones con María Elena llegaron a ser casi amistosas. Aun sabiéndola mejor, no dejé de visitarla todos los días con pretexto de una ligera tos que la molestaba y también para examinar sus ojos que quedaron algo afectados después de la enfermedad.

Una mañana le llevé un ramito de dragones rojos del jardín de mi madre, y al depositar las flores sobre la mesita al lado de su lecho, dije en tono zumbón:

—«Dragones» para el diablillo...— a lo que ella resplicó: —En cuanto pueda salir de paseo al campo, te prometo, Esculapio, traerte un lindo ramito de abrojos...

La madre, oyéndonos, suspiró con cómica indignación:

—No sé cuándo llegará el día en que no los oiga trataros de esta manera—y colocando afectuosamente su mano sobre mi brazo, insinuó:

—Quédate a almorzar con nosotros, Jimmy... Será la primera vez que María Elena se levante y podríamos celebrar el acontecimiento almorzando con ella en el comedor. ¡Y está la mañana tan hermosa!

No sé si fué idea mía, o si en realidad la expresión de María Elena era también suplicante, y decidí aceptar la invitación. Ese almuerzo fué para mí el principio de algo muy hermoso y desconocido hasta entonces. Recordaba haber almorzado y cenado en compañía de chicas lindas y elegantes, mas comprendí que ninguna de ellas podría parangonearse con María Elena en cuanto a atracción óptica. Elena, envuelta en un cómodo batoncito celeste, sus cabellos bronceados rodeando algo desordenados su blanquísimo frente, su preciosa boquita ese día alegre y locuaz en vez de siempre dispuesta a emitir frases envenenadas,

fué para mí toda una revelación y su encanto juvenil me impresionó profundamente.

Nuestra conversación giró sobre todos los tópicos imaginables y poco a poco caí en la cuenta de que teníamos muchos gustos comunes: ambos adorábamos los paseos por el campo; de igual manera nos seducía el patinaje, el tenis... Cuando decía ella, encontraba eco en mi corazón y no tardé en comprobar que en realidad era una chica juiciosa, inteligente y llena de una deliciosa animación, y continué charlando con ella por mucho más tiempo del que podría haber permitido mi «clientela médica que siempre iba en aumento», como les aseguré a la madre y a la hija deseoso de producirles impresión de persona importante. Y cuando más tarde atendía a mis enfermos, ni por un momento dejé de pensar en las más insignificantes palabras de María Elena recordando esa manera especial que tenía de arquear las cejas, de echar para atrás los bronceados rizos al reír... Y esa misma tarde, al pasar por delante de la casita de los Matthews, que estaba en venta, pensé también en las palabras que mi viejo y buen amigo, el doctor Manners, que no cesaba de aconsejarme:

—Cásate, muchacho... cástate. Un médico debe formar su familia cuanto antes... Sólo así adelantarás en tu carrera...

Decidí de pronto que tenía razón. Seguiría el consejo y compraría esa linda casita, que con algunas pocas refacciones quedaría en estado de ser habitada por un matrimonio joven y feliz...

La salita, con su ventana salediza, podría taparse toda de azul claro, un tono más o menos como el del batón de María Elena... Sus rizos bronceados se destacarían maravillosamente de los cortinados de ese color... En fin, todos los síntomas parecían señalar un gran amor, mas resistí a considerarlos como decisivos.

* * *

María Elena y yo seguíamos en excelentes términos. Tanto, que al enterarnos de que Hank había expresado con exceso de optimismo al declarar impune contra el sarampión, sucumbiendo también él a la epidemia reinante, ofrecí a María Elena llevarla a presenciar los partidos de fútbol en vez de él y a bailar luego en el club.

Y ella, alegando que de cualquier manera el pobre Hank no estaba en condiciones de cumplir su palabra, aceptó mi invitación.

Antes de eso acudimos a uno o dos bailes; jugábamos al tennis, al criquet, terminando por bailar luego en su casa. Y no me fué posible comprender cómo alguna vez pude haber detestado esta eriatura tan deliciosa...

¡Me resultaba increíble! Recordaba, por cierto, el incidente de la esquina de las calles Jackson y Décima, pero... ¡por eso no debía guardar rencor: había estado sólo algo atropellada como ocurre con muchas chicas cuando manejan un auto!

No dejaba de preocuparme algo el estado de Hank. En primer lugar, no sabía a punto fijo cuáles eran sus relaciones con María Elena y muy poco me agradaba la idea de quitarle la novia a un muchacho al encontrarse fuera de combate.

Y oí decir que su enfermedad era seria; se habían complicado el corazón y el pulmón derecho y las cosas distaban mucho de marchar satisfactoriamente. Para colmo de males, el doctor Peters a quien acudieran sus padres, pasaba por una época de intoxicación debido a sus frecuentes excesos en la bebida, y no parecía ser la persona indicada para lidiar con una enfermedad así.

María Elena fué a su casa llevando un ramo de flores, pero encontrándose allí con Nora Carroll no juzgó necesarias ulteriores visitas. No logré cerciorarme de los sentimientos que an...

María Elena: si sufría o no por la enfermedad de Hank y por sus evidentes relaciones con la chica de Carroll, pero no me pareció demasiado abatida ni por una cosa ni por la otra.

Llegó por fin el día de las diversas fiestas en el club. Desde la mañana dispuse mi programa del día como para quedar libre a una hora temprana de la tarde para dedicarme por entero a María Elena. Casi me asustaba la intensa felicidad que se adueñaba de mí al sólo pensar en los ratos que pasaría a su lado y en especial en el regreso a la luz de la luna en mi cochecito. Tendría tiempo para hablar con ella sobre todas las cosas que agitaban mi espíritu... Todo salió a pedir de boca: los enfermos estaban mucho mejor, y hasta el excelente doctor Manners me aseguró que su pierna no tardaría en ponerse buena del todo, y no dejó de gastar algunas bromas con respecto a María Elena, a las que contesté de buen grado admitiendo que los rumores que corrían no carecían de fundamento. Además, el doctor Manners y María Elena eran grandes amigos.

* * *

Una vez terminadas mis visitas profesionales, me dirigí a mi casa, médico demasiado novel para saber que existe apenas una probabilidad contra cien de poder llevarse a efecto los planes personales de los médicos... Y debí aprenderlo esa misma tarde. Al entrar en mi domicilio, encontré allí al padre de Hank Rowe, preocupado y abatido.

—Jim—me dijo en seguida.— No estoy al tanto de la etiqueta profesional entre médicos ni de lo que opinarás de mi tardío pedido por que asistas a mi hijo. No sé lo que ocurre con el doctor Peters, pero me parece que él mismo requiere de asistencia médica. Hank está peor... ¿Vendrás ahora mismo conmigo?

¿Qué otra cosa podría hacer? Tomé mi maletín formulando algunas preguntas al señor Rowe con respecto al estado de Hank. Llamé al hospital por una enfermera y también a casa de María Elena, rogando a su mamá que le explicara el caso, y volví a subir a mi coche en compañía del padre atribulado.

Una vez en presencia de Hank, comprendí que tendríamos trabajo para rato. Su estado era grave, muy grave, y tendría que tomar medidas rápidas y decisivas para salvarlo. La fiebre era altísima, y el pulmón izquierdo parecía seguir el camino del derecho. Secundado por la enfermera, comencé la lucha por la vida de Hank...

A buen seguro que los componentes del team de fútbol empeñados en el partido de aquella tarde, no sudaron más que cierto doctorcito y cierta enfermera que trataban de arrebatar la vida del muchacho de las garras de la muerte... Con cada minuto que transcurría la lucha se hacía más encarnizada y si en un momento me sentía casi vencido, en el próximo comprobaba que la naturaleza fuerte y resistente de Hank ayudaría a vencer el fiero enemigo de la guadaña... Y pasó por mí algo singular; nunca había sentido gran simpatía por Hank, mas en esos instantes su vida me pareció ser lo único que para mí tenía importancia en el mundo entero... Los celos que se atenacearon, las fiestas de aquella tarde, el baile, y hasta el regreso a la luz de la luna en compañía de María Elena dejaron de ofrecer todo interés comparándolos con la conservación de la lucécita de vida que aún quedaba en el cuerpo de Hank...

Pasó así la tarde en una batalla sin tregua

contra la enfermedad. Al oscurecer respiré aliviado diciéndome que el trabajo no fué en vano, para dos horas después decirme que todo había sido inútil. Sólo poco antes de medianoche recuperé las esperanzas y al oír las doce campanadas en el reloj del hall, tuve por fin la seguridad de haberlo salvado. Hank respiraba ahora con facilidad, la fiebre estaba más baja y a pesar de que su postración era alarmante, sus padres, la enfermera y yo nos miramos suspirando tranquilamente: no existía ya peligro...

Dejé a la enfermera encargada de vigilar al enfermo y a la una de la mañana salí, trastabillando de cansancio, a tomar el coche que dejara estacionado delante de la puerta. Cuál no sería mi asombro al abrir la portezuela y ver adelantarse hacia mí un rostro inundado de lágrimas que a duras penas reconcí y oír la voz casi inaudible y temblorosa de María Elena que preguntaba balbuciente:

—Jimmy... Por favor... Dime: ¿sigue... con vida?

* * *

Toda la sangre acudió a mi corazón que de pronto me pareció ser de plomo, al verla así mirándome implorante con ojos rojos e hinchados de tanto llorar... ¡por Hank! ¿Por cuántas horas habría estado allí, esperando en medio de la desesperación por una noticia del hombre a quien amaba? ¡Quién podía saberlo! Mas era evidente que sus sufrimientos fueron atroces, y subiendo pesadamente al coche, repuse con voz sin timbre:

—Tranquilízate... Sigue con vida... Está salvado...

María Elena continuó llorando en silencio apretujándose contra mí. Puse en marcha el motor y también silencioso, inicié el camino de regreso



a su casa por las calles desiertas. En esos instantes el mundo me pareció envuelto en densas tinieblas y aunque ella seguía apretando tiernamente mi brazo, me dije que era en gratitud por haber salvado la vida de Hank. ¡Pero no precisaba para nada esa gratitud! ¡Para nada!

Poco a poco dejó de llorar y abandonando mi brazo se sentó más derecha y elevando sus miradas hacia mí, murmuró en voz siempre temblorosa por la emoción:

—Jimmy... Si algo malo hubiese ocurrido con Hank... ¡no habría podido sobrevivirle! ¿Estás seguro... ¡completamente seguro!... de que está a salvo?

Me limité a esbozar un gesto de asentimiento,

demasiado apenado para poder hablar. Y sólo cuando conseguí dar firmeza a mi voz le pregunté cómo era que nada me había dicho de sus sentimientos por Hank, que por qué no corrió a su lado sabiéndolo moribundo, mirando por él, ayudando a cuidarlo, así como corresponde a una novia amorosa y digna, en vez de hacerme creer a mí, ¡pobre imbécil!, en su amor, y cuando demasiado bien sabía que yo, ¡triple idiota!, estaba enamorado como un loco de ella. Todo eso le dije de un tirón añadiendo que no dejó de ser nunca la chicuela malvada y egoísta que conocí en mi niñez y que tanto me la amargara, para de súbito, y sucumbiendo al frenesí, al cansancio que me agobiaba, detener el coche y perdiendo todo control sobre mis nervios, gritarle que la amaba más que a mi vida, que la adoraba, repitiéndoselo mil veces a gritos y antes de que ella recuperase el habla.

María Elena entonces, riendo y llorando, rodeó mi cuello con sus brazos, apoyó contra el mío su rostro bañado en lágrimas, y quiso hablar... Mas no la dejé, y ella por fin comenzó a reír y a reír...

—Jimmy!... ¡Eres un tonto imposible! Todo el mundo está enterado de que te amo con delirio siendo tú el único que parece ignorarlo. Y no hay en todo el pueblo quien no se reía a carcajadas al recordar nuestras querellas de antes...

¡Te adoro, Jimmy! Y casi, casi estoy segura de haberlo hecho siempre desde chiquita...

Por fin conseguí preguntarle cómo era que mostrara tanta aflicción por Hank, y repuso:

—Hank está perfectamente enterado de que te amo con toda el alma... Y si me preocupa tan terriblemente la idea de que pudiese sucumbir a la enfermedad, es porque aquella tarde, cuando lo encontraste en mi casa, fui yo quien insistí en que había de quedarse conversando conmigo. Mamá no quería por nada, pero yo... ¡tienes razón, Jimmy, soy malvada y egoísta!, sólo deseaba verte celoso... Y no podría ahora explicar lo que pasó por mí al anunciarme mamá esta tarde que estaba grave y que se temía por su vida... ¡Si se moría Jimmy, yo sola podía considerarme culpable!

Me sentí tan feliz que olvidé todo cansancio y habría deseado bajar del coche con ella y comenzar a bailar allí mismo, en medio de la calle.

No lo hice, por supuesto, y en vez de ello la estreché entre mis brazos, maravillado al comprobar que no oponía resistencia alguna. Continuamos nuestro camino hasta llegar a la intersección de las calles Décima y Jackson.

—Queridita—le dije con ternura.— No sé en verdad lo que sería de mí si algo llegara a ocurrirte debido al exceso de velocidad con que sueles andar... Prométeme formalmente que de hoy en adelante observarás con escrupulosa atención las señales del tráfico y que detendrás tu coche apenas asome la luz roja...—No pude continuar, María Elena se puso rígida y aunque no abandonase mi mano, sentí una presión más fuerte de la de ella.

—Jimmy—dijo entonces en voz firme la adorida de mi corazón.—Es verdad que te adoro, que te quiero con pasión, pero lo mismo podríamos dejar sentado ahora de una vez por todas que en aquella ocasión la luz era verde y «no» roja...

Demasiado bien conocía a María Elena. No con testé una sola palabra diciéndome en mi fuero interno que lo mejor sería olvidar para siempre el incidente. Y me contenté con comprobar que, al menos en ese preciso instante, la luz que se advertía en la intersección de las calles Décima y Jackson era indiscutiblemente roja...



El Salón del Automóvil de este año en Nueva York, abierto en el Grand Central Palace en la semana de octubre 15 a 22, ha sido una revelación sorprendente del sólido poderío industrial de los Estados Unidos. Seis años de violenta crisis económica no han podido avasallar el dinamismo de esta gran industria. En el 1929, año de las vacas gordas, se construyeron 5.621.045 de vehículos de motor. Este año pasarán de 3.600.000 las unidades nuevas, y para 1940 se predice un volumen de 4 millones 250.000.

UN SIMBOLO DE PAZ UTIL PARA LA GUERRA EN LA CUARTA PARTE DE LOS LABORATORIOS DE E. U. A.

El Salón de 1939 se compone de 21 exhibiciones de autos y camiones y 50 exhibiciones de accesorios y piezas. Unos 200 modelos de coches y chasis, con nueve marcas de vehículos comerciales, saludan al espectador y lo hacen creer que está en presencia de un milagro. En otra de las secciones del magnífico despliegue le espera una exposición de los elementos de seguridad incorporados por el automovilismo a la vida de los pueblos para que el progreso humano a través del transporte motorizado sea uno de paz.

Dá que pensar, sin embargo, lo que puede ser esta industria colosal súbitamente transformada en un instrumento de guerra para la defensa nacional. Las bellas carrocerías, el cristal infragmentable de las ventanillas y los parabrisas, el alumbrado científico, los delicados instrumentos niquelados y la calefacción, las exquisitas tapicerías; todo eso que reza confort en los usos ordinarios del auto, podría convertirse en un factor decisivo en las contiendas militares de Estados Unidos con cualquier país del mundo.

Posee la industria la cuarta parte de los laboratorios técnicos y científicos de los Estados Unidos, donde trabajan miles de inventores, expertos y genios de la ciencia. En los de la General Motors nada más se han perfeccionado innovaciones revolucionarias y de gran valor militar como la locomotora Diesel, el motor Allison para aviones y la gasolina compuesta con tetraetilo de plomo.

En el laboratorio de una compañía de neumáticos se construyen seis llantas de 10 pies de alto y 1.900 libras de peso para servicio en el Antártico con la expedición de Byrd. También se trabaja en una llanta de 34 capas de caucho y 1.500 libras, con un tubo interior o cámara de aire que pesa 100 libras y puede sostener cargas de 12 toneladas y media.

EL TIO SAM TIENE ACTUALMENTE EL MONOPOLIO DE LA MOVILIDAD, EL FACTOR DECISIVO DE LA GUERRA

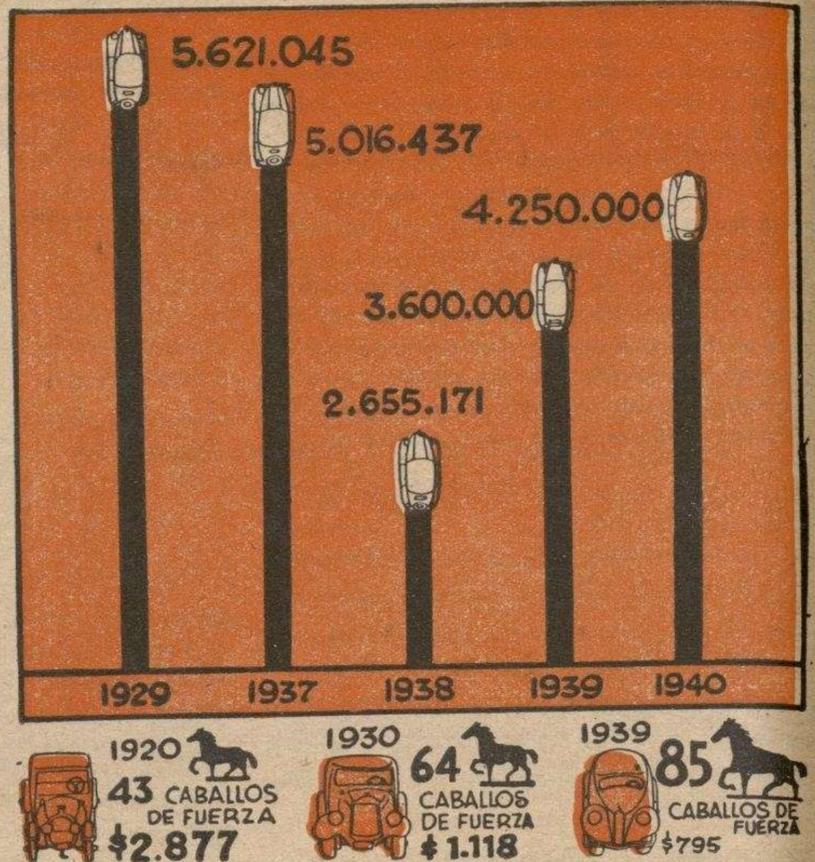
Habida cuenta de que el factor de la movilidad es el que determina en la guerra moderna la eficiencia de los ejércitos, cabe imaginar la posición ventajosa que Estados Unidos ocupa como potencia militar. En la Guerra Civil el general Nathan B. Forrest resumió el arte de pelear diciendo: «Lleven eso donde más lejos puedan con el mayor número de hombres posible». Napoleón había sostenido su reputación siguiendo la misma teoría.

Los alemanes en 1914 lograron mantenerse en la ofensiva cuatro años por medio del transporte de ruedas. En 18 días Hitler acaba de conquistar a Polonia con uno de los ejércitos más motorizados de Europa, emulando la célebre ofensiva de los taxímetros de París usados en 1914 por el general Gallieni para abrirse paso por entre las tropas del Kaiser.

Dedicadas exclusivamente a construir tanques, carros blindados, chasis de artillería, camiones de carga y otro material rodante, las fábricas de autos de los Estados Unidos pueden sostener indefinidamente la resistencia de los Aliados y asegurar el éxito de cualquier ofensiva. Con estas unidades en abundancia Francia puede mover en el frente constantemente una fila interminable de cañones de 75 a 37 milímetros, ametralladoras de ocho milímetros, y posiblemente artillería semipesada de 155 milímetros. Durante la Guerra Mundial de 1914 la artillería causó el 46 por ciento de las bajas.

Estos dos gráficos indican las alternativas y desarrollo de la industria del automóvil en Estados Unidos. En uno se ve el ritmo de la producción incluyendo el cálculo aceptado para 1940. En el otro se muestra cómo en el correr de los años ha ido aumentando la potencia de los motores a la vez que ha ido disminuyendo el precio medio de los vehículos.

El 40 Salon del AUTOMOVIL



LOS AUTOBUSES PUEDEN TRANSPORTAR 3.000 MILLONES DE PERSONAS O SOLDADOS AL AÑO

La mecanización de los ejércitos europeos, calculada cuantitativamente, le da al ruso 19 unidades por cada ocho alemanes y nueve y pico aliados. Los tanques rusos, que se dice pasan de 3.000 y hay quien los calcula en 20.000, deben desarrollar velocidades de 30 a 45 millas por hora en caminos rurales y 60 millas en buenas carreteras.

Las seis divisiones blindadas alemanas tienen once mil hombres, 450 tanques y 3.000 vehículos cada una y se consideran las más rápidas y mejor equipadas del mundo. El año pasado Estados Unidos construyó 893.085 camiones y autobuses. Con estas facilidades puede convertirse en la potencia militar más mecanizada de la historia en corto tiempo. Ni en cantidad ni en calidad hay país ni combinación de países que supere la técnica de la motorización norteamericana.

La república tiene funcionando actualmente 30 millones de vehículos de motor. Hay 4.400.000 camiones y 135.000 autobuses de todas clases. Al finalizar este año es posible que se hayan fabricado 700.000 camiones y 6.000 autobuses más. Para dar una idea del campo que cubre la industria habrá que señalar que el norteamericano es un fanático de los viajes, que anualmente gasta 5.000 millones de dólares en el turismo.

Este hombre no se está quieto un solo momento. Pasó del ferrocarril al automóvil; del automóvil al buque; del buque al avión. Poseyendo los mejores trenes del mundo, usa el autobús. Estas enormes tartanas llevan anualmente 3.000 millones de pasajeros. Hay 80.500 autobuses que transportan todos los años 3.500.000 de escolares a las clases; 500 que tienen equipo de acondicionamiento de aire; 500 propulsadas por motores Diessel.

CON CASI 5 MILLONES DE KILOMETROS DE CARRETERAS ESTADOS UNIDOS FABRICA 10 AUTOS POR MINUTO

En 1904 los Estados Unidos sólo tenían 299.135 millas de carreteras rurales; hoy tienen 1.155.038 mi-

DETRAS DE LAS BELLAS CARROCERIAS ESTA UNA DE LAS TRES PRIMERAS INDUSTRIAS DE LA GUERRA. — CADA CAMION UN CARRO BLINDADO Y CADA COCHE UN CHASIS DE ARTILLERIA RODANTE.

llas de caminos pavimentados y 1.794.322 millas de caminos no pavimentados. Para sostener este sistema de vialidad los automovilistas pagan en contribuciones anualmente a los gobiernos federal y de los estados la friolera de \$1.529.000.000.

Hay ciudades como Nueva York que han construido bulevares especiales para el tráfico automovilista, como el West Side Highway a las orillas del Hudson y el Belt Parkway de Brooklyn y Queens que se extiende hasta 36 millas y habrá costado al terminarse en 1940 unos 28 millones de dólares. Puentes, túneles, desvíos; poco le falta al automóvil para volar por sobre los rascacielos de Gotham.

Estimula este prodigioso avance de las obras públicas la industria de los autos, que fabrica diez vehículos por minuto ininterrumpidamente 24 horas al día durante todo el año. Desde las cúpulas de acero derretido hasta los tornos más sencillos, no existe máquina de precisión que no tenga su aplicación en la fabricación de los autos. Hay piezas que están terminadas con una exactitud de una millonésima de pulgada. Los motores más complicados se construyen por centenares con sus cigüeñales, válvulas, émbolos y accesorios. En un abrir y cerrar de ojos las pallas de metal derretido salen armadas sobre cuatro ruedas a prestar servicio en los caminos de la tierra.

La industria da empleo a 12 millones de personas, la séptima parte de los obreros activos de los Estados Unidos. Más de seis millones están destacados en las fuentes de materias primas, 3 millones 722.861 son conductores de camiones y autobuses; 713.611 en la producción en las fábricas; el resto en otras actividades de la distribución y del servicio. Estos trabajadores ganan un promedio de

Cuando el general Gort obtuvo el apodo de "El Tigre"

Su acto de heroísmo en el canal del Norte de Cambrai, en una acción en que fué herido dos veces, le ganó la mayor condecoración de Inglaterra.—Su amigo el ministro de la Guerra Hore-Belisha, con el que intimó en los picos nevados de Suiza, lo hizo jefe del Estado Mayor Imperial pasando por sobre la tradición inglesa.

El sexto vizconde de Gort, comandante de las fuerzas expedicionarias inglesas que combaten actualmente en Francia contra los alemanes, tiene 53 años y en 1937, cuando el ministro de la guerra Mr. Leslie Hore-Belisha decidió inyectar sangre joven a la dirección del ejército inglés, fué nombrado jefe del Estado Mayor Imperial.

El vizconde de Gort, a quien en otra época llamaban «El Tigre» —como a Clemenceau— pertenece a una aristocrática familia que ha servido en el ejército británico por ochocientos años. Su nombre completo es John Standish Surtees Prendergast-Vereker. Se dice que su amistad con el ministro de la Guerra contribuyó poderosamente a aquel «golpe de estado» dentro del ejército que tan mal parada dejó a la tradición inglesa. Mr. Hore-Belisha y el vizconde de Gort se habían hecho grandes amigos «squiando» juntos en los picos nevados de Suiza.

El jefe de las fuerzas territoriales británicas es delgado, calvo y de estatura mediana. Es un producto de Harrow y Sandhurst, es decir, del «Ejército Viejo» de austera y aristocrática tradición. Su conversación está siempre exenta de las maneras bruscas de los hombres endurecidos por la disciplina y la guerra. Por el contrario da la impresión de ser un hombre modesto, y en ocasiones hasta parece tímido y corto de genio.

Su bravura, sin embargo, quedó establecida en la Gran Guerra, cuando ganó a fuerza de heroísmo la cruz de la Reina Victoria —la más alta condecoración inglesa. Su hecho de armas que mereció tal distinción tuvo lugar en el canal del Norte, en Cambrai. Encontrándose herido, cruzó un camino abierto al fuego de la artillería alemana y dirigió una operación que produjo la captura de dos cañones, varias ametralladoras y dos centenares de prisioneros. Herido de nuevo en la operación, desde una camilla dirigió la acción defensiva encaminada a mantener la posición ganada. Sólo cuando se dió la señal de que había pasado el peligro tuvo a bien el vizconde de Gort perder el conocimiento. Aquel heroico hecho hizo que sus soldados distinguieran desde entonces al joven oficial con el apodo de «El Tigre».

El vizconde de Gort se había incorporado a los

EL COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO BRITANICO CON EL DUQUE DE GLOUCESTER.—El duque de Gloucester, hermano del rey de Inglaterra, quien como general de división fué nombrado recientemente jefe de la Oficina de Enlace del Ejército británico, aparece en esta foto con el general Gort—a la derecha—comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias británicas. Ambos generales, «en un lugar de Inglaterra», se reunieron recientemente para discutir medios y procedimientos de entrenamiento y transporte.



Granaderos, como segundo teniente, en el año 1905. Al estallar la guerra de 1914 estaba sirviendo, como ayudante de campo, al general que comandaba el distrito de Londres. Fué a Francia con el primer contingente inglés, con aquella avanzada de las fuerzas de Lord Kitchener a quienes el Kaiser, al oponerse al gran Ejército alemán frente a Mons, llamó «despreciables». (De ahí tomaron los ingleses el orgulloso título de «Oid Contemptibles»).

Durante los cuatro años de la campaña el vizconde de Gort fué herido tres veces, recibiendo, además de la condecoración mencionada, la orden de Servicio Distinguido con dos barras y la Cruz Militar. Sirvió no solamente como oficial de su regimiento en la zona de acción, sino también incorporado al Estado Mayor del Ejército.

Al terminar la contienda el general Gort ingresó en la Escuela de Guerra de la cual fué más tarde profesor. En 1927, siendo coronel, fué a Shanghai como jefe de Estado Mayor y en 1932, siendo ya general de brigada, a la India. En 1935 se le ascendió a general de división y en 1937 se

le hizo comandante de la Escuela de Guerra de Camberley. Por último en 1937, cuando pasando por sobre la tradición el ministro del ramo Hore-Belisha realizó su «revolución» en el Ejército que suprimía la antigüedad, el vizconde Gort, saltando sobre los pretendidos derechos de otros generales más viejos, fué llevado a la jefatura del Estado Mayor Imperial.

Los dos hechos de la vida del general Gort que en los veinte años de paz europea tuvieron más relieve, fueron su divorcio en 1925 de Corinne Vereker, que causó sensación entre la aristocracia inglesa, y su rescate de las monjas —que peligraban a manos de los bandidos chinos— durante su estancia en el París del Asia.

Oficialmente, el general Gort y sus fuerzas expedicionarias están bajo el mando del jefe supremo de las fuerzas aliadas, el general francés Gamelin. El héroe del Canal del Norte, sin embargo, tiene derecho a dirigirse en recurso a su gobierno —o a su amigo Hore-Belisha— en el caso de no estar de acuerdo con el jefe supremo de los aliados.

92 y medio centavos por hora, a diferencia de los obreros comunes que ganan 65 centavos en las demás industrias, excepción de las del petróleo y el caucho, que pagan mejores jornales pero que en cierto sentido son subsidiarias de la industria de automóviles.

MÁS DE 42 MILLONES DE LLANTAS EN UN AÑO

Refiriéndose al papel que juega la prosperidad de esta industria en las demás, el Secretario de Comercio Harry Hopkins ha dicho que consume más acero, vidrio, níquel, plomo, gasolina y caucho

que ninguna otra. «Además—señala—usa el 65 por ciento de toda la tapicería de cuero; casi el 11 por ciento del aluminio; el 12 por ciento del cobre; el 10 por ciento del zinc, y el 13 por ciento de la glicerina... Ninguna como ella para estimular los empleos, los jornales y las utilidades en un extenso frente económico».

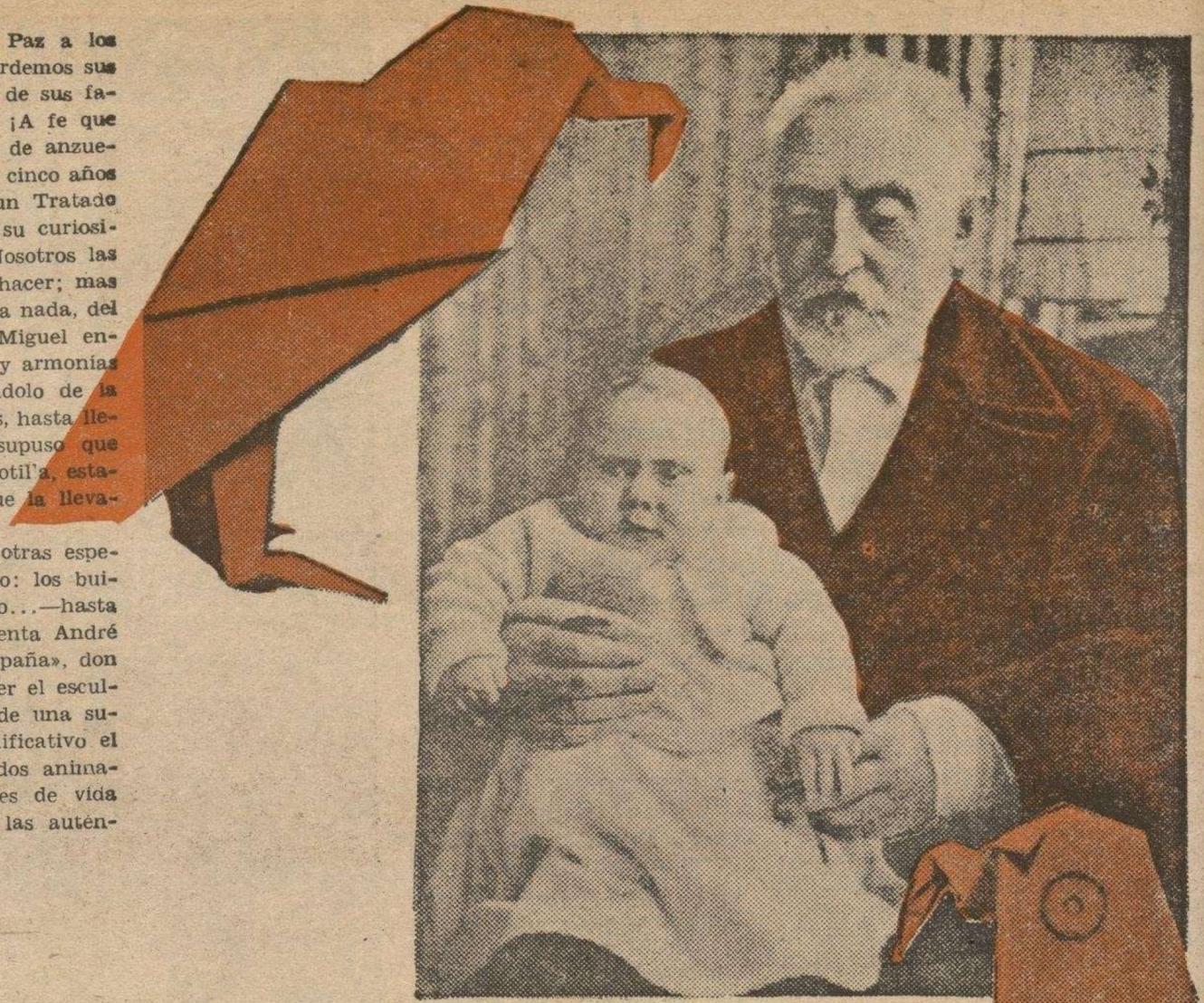
La industria de llantas y neumáticos es otra de las empresas fabulosas nacidas al calor de la de automóviles. En 1938 se fabricaron en la nación 42.330.000 de llantas y tubos. Más del 66 por ciento

de esta producción es para el mercado doméstico. Se exportaron 1.048.934 llantas. Las fincas del país consumen la sexta parte de la producción de llantas y neumáticos, y eso que el año pasado sólo 171 mil tractores o sea el 64 por ciento del equipo mecánico de la agricultura tenía estos accesorios.

El 80 por ciento de los automóviles que se usan en el mundo son de fabricación americana. Hasta septiembre 10. de este año se habían exportado 181.900.184 de dólares en autos, especialmente al Canadá, Africa del Sur, Suecia, Argentina y Brasil, que son los clientes más importantes

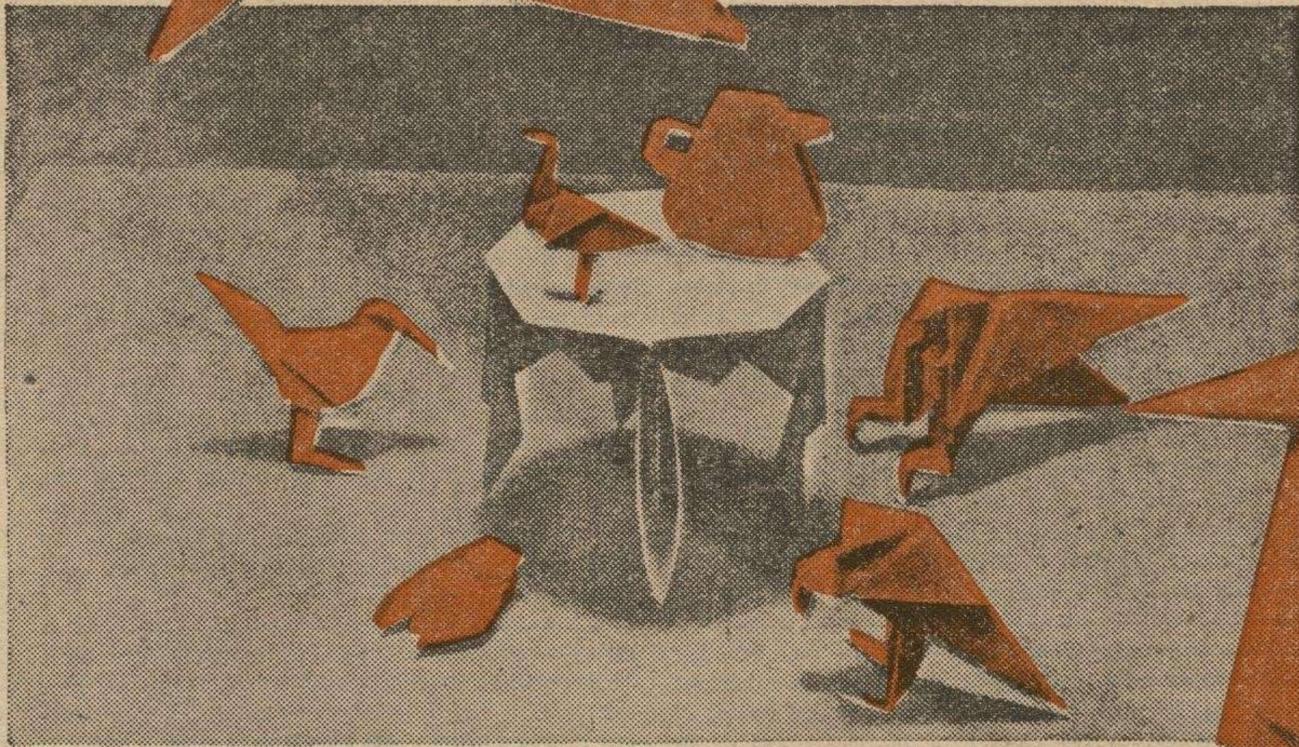
DEJEMOS a don Miguel! Paz a los muertos. No obstante, recordemos sus opiniones sobre la génesis de sus famosas pajaritas de papel. ¡A fe que le gustaban a don Miguel las interviús de anzuelo! El mismo lo tiene referido. Treinta y cinco años hace que publicó unos Apuntes para un Tratado sobre la Cocotología. Allí puede saciar su curiosidad el lector; allí dice, de aquéllas: «Nosotros las aprendimos a hacer por haberlas visto hacer; mas ¿quién las ideó primero? ¿Nacieron de la nada, del azar...? ¡Grave cuestión!» Pero don Miguel encontró tan puras y excelsas las formas y armonías de la pajarita de papel, que deduciéndolo de la inconmensurabilidad de sus proporciones, hasta llegó a atribuirles un espíritu, y aun supuso que las manos del niño, al fabricar una cocotilla, estaban movidas por el Poder Supremo, que la llevaba a muy altos destinos.

También es público el origen de las otras especies de zoología papirácea de Unamuno: los buitres, las águilas, el escarabajo, el cerdo...—hasta diez y ocho llevó logradas—. Según cuenta André Corthis en sus «Peregrinaciones por España», don Miguel le dijo haberlas inventado él: ser el escultor, el creador de la forma, deducida de una superficie, no de un bloque. Modesto calificativo el de escultor para quien produjo animados animales de papel con idénticas posibilidades de vida suprasensibles que las que atribuía a las auténticas pajaritas.



Don Miguel de Unamuno, con su primer nieto, hijo del poeta José María Quiroga.

Las pajaritas de papel de Unamuno



Los propios dedos del maestro, febriles, incansables, haciendo dobleces, volviendo dobleces, arrancando de un cuadrito de papel—sin cortar, sin pegar, sin añadir, ¡esto es lo esencial!—, realizaron la portentosa obra de crear y animar estas figuras llenas de ingenua gracia.

Dejemos a don Miguel en paz. ¡Paz a don Miguel en el cielo, para sus largas horas de yacente soliloquio, que se parecerá a la patriarcal convivencia hogareña, para su ávida jornada y hasta

para sus concéntricas tertulias interrogantes a lo ateniense, a veces verdaderas alambradas de boquiabiertos que lo aislaban como a polvorín, quizá pensando en cargar el propio fusil con el pu-

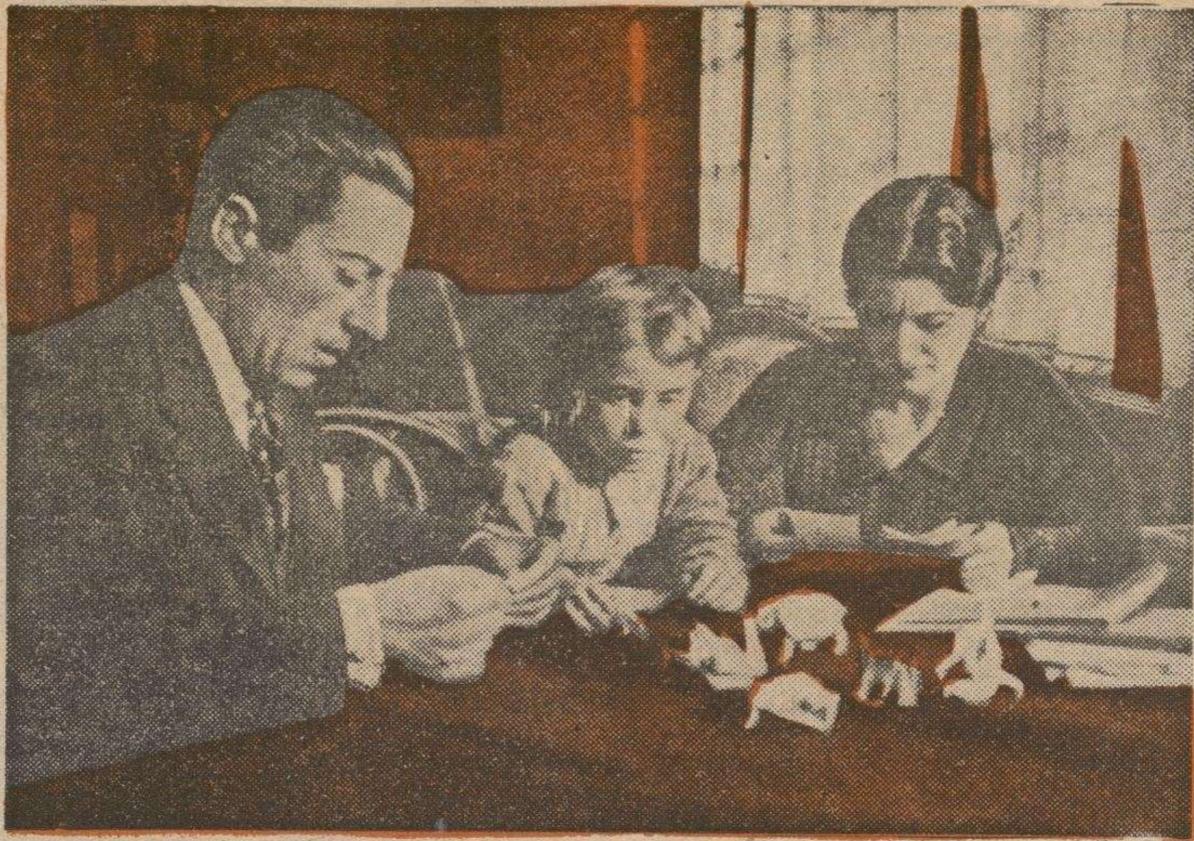
ñito de pólvora que se salía por las rendijas! Pasemos al lado de su sombra como pasa por la guija de la plazuela la sombra lunar de la Torre de Monterrey: lenta, encogidilla, silenciosa. A lo más.

Interrogáramos a las pajaritas; ¿no nos dijo él que las pajaritas tienen un espíritu y no lo estamos viendo con sólo contemplarlas?

Pero hay que contar el gran secreto. Esos anima'es que componen la manada que veis reproducida deben a Unamuno su ingenua existencia. Los hizo al volver del destierro. Los propios dedos del maestro, febriles, incansables, amasando superficies, haciendo dobleces, volviendo dobleces, arrancando de un cuadrito de papel—sin cortar, sin pegar, sin añadir, ¡esto es lo esencial!—, realizaron la portentosa obra de crearlos y de animarlos. Mas es destino inexorable de Unamuno la misión del magisterio. Donde vivió, enseñó; quien le escuchó, aprendió. Y al creador de pajaritas le salieron unos discípulos prodigiosos: sus hijos, Pablo y María. Y este es el trágico secreto que el que escribe se ve obligado a publicar: en el fértil hogar del rector de Salamanca existió una trinidad creadora de pajaritas con capacidad de perfección equivalente. O superadora; las manos de María Unamuno poseían el «quid divinum» de la creación refinada.

Sin duda os placen los murmurios... y como hoy estamos nosotros en vena de chismosos, desnudemos a don Miguel. Sólo que ocurre que no es cierto eso de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Lo que no hay son ayudas de cámara capaces de ver magnitudes espirituales. ¡Si los hubiera! La retina del ayuda de cámara percibe únicamente el microcosmos, lo infinitamente pequeño. Un campanero vive largos años en la torre de una catedral gótica y no conserva de ella otra memoria que la de las grietas y desconchados; hizo Unamuno su nidal familiar en La Casa de las Muertes de Salamanca, vecina de la invicta Monterrey, y percibió una impresión esculpida en versos que serán eternos. No hay, pues, que solazarse venterilmente con las «cosas» de don Miguel; no hay que poner a la cuenta de las rarezas o de las niñerías, sino a la de las nobles emulaciones humanas, la excitación que le causó que otro compita con él. Y ahora ya, murmuraremos.

En cierta ocasión, una muchacha salmantina había creado un tipo de moro que resultó un ser cocotológico muy perfecto. Don Miguel, al verlo, no pudo reprimir un gesto...; ¡bendito amor propio! Otra vez, cien veces...; sus hijos Fernando



Al creador de pajaritas de papel le salieron unos discípulos prodigiosos: sus hijos Pablo y María.

y Pablo eran dos ajedrecistas consumados: tentación suprema para el temperamento de un hombre que tituló un libro «contra esto y aquello» de echarse a derribar torres y realezas por los campos geométricos del tablero. Pero el zumo de la derrota es amargo; hasta cuando viene mansamente de la rama al tronco. Que el tronco más gime y bufar con el hostigo cuando más viejo es Tronco recio y sanote, que va apuntando a silueta de plateado olivo; ¡quién sabe si le viene la savia más rica de la tierna ramilla de la copa que de la trabajada raíz soterraña! Estaba ausente cuando nació su primer nieto; al llegar, no hubo para él curiosidad más apremiante:

«¿Y y el niño, y el niño?»

A más, el dedicarle aquella poesía: «La media luna es una cuna, y en ella el niño ¿qué sueños riza?»; y aquella otra, titulada «A una pajarita de

papel»: «¡Habla, que lo quiere el niño; hable tu papel, mi pájaro!». Coloquios que son los riegos, fecundos como lluvia, como llanto, que refrescan ahora la entraña del abuelo.

Viejo tronco plateado, enraizado entre los románicos berrocales de Salamanca, piedras que declaran le dieron fe, paz y fuerza, y a las que pide guarden siempre su recuerdo; viejo tronco que nutrieron las ondas de tradición del Tormes, río al que implora no le niegue nunca el susurro de su consejo; los aires de la urbe lo sienten a él como un cierzo capaz de resecaarle la cogolla. Acaso le bumban aun en las hendiduras sugerencias de gárrulos abejorros. Y aquel ansia de fresco silencio provinciano, aquel señorío de paz con que le regaló la enhechizadora Salamanca—valle natal de las espirituales pajaritas—, va camino de sufrir un quebranto irreparable con su muerte.

BREVES Y MUY BREVES

Cooperación:

Un maestro escribió a la madre de un alumno. «Su hijo es el muchacho más inteligente de la clase, pero al mismo tiempo el más malo, ¿qué hago?»

«Haga lo que le dé lo gana», fué la respuesta de la dama, «yo tengo bastante con entenderme con su padre». (Faro).

En el restaurant:

—Dígame mozo, ¿este pastel es de duraznos o de manzanas?

—¿No lo distinguió por el gusto?

—No.

—Entonces, ¿qué diferencia le hace saber? (Country Life).

Da qué pensar:

Erese terrible, Pepe, dijo el padre, en esto de hacer preguntas. Yo no sé qué habría pasado si yo a tu edad hubiera hecho estas preguntas.

—Lo que probablemente habría pasado, respondió el hijo, es que ahora podría contestar a mis preguntas.

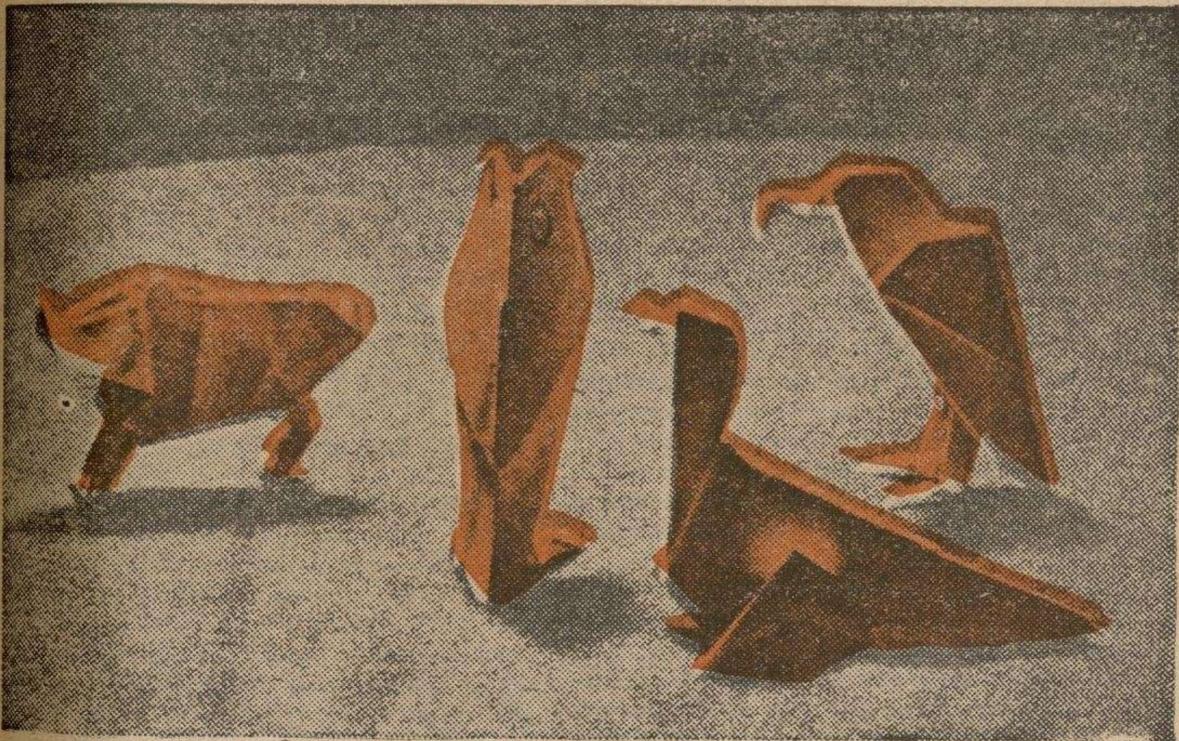
Círculo vicioso:

—¿Cómo perdiste el pelo?

—Oh, preocupaciones.

—¿Preocupaciones? ¿Sobre qué?

—Sobre que iba a perder el pelo. (M. Journal).



¿No dijo don Miguel que las pajaritas tienen un espíritu? ¿Y no lo estamos viendo con sólo contemplar las?...

Viejas postales descoloridas

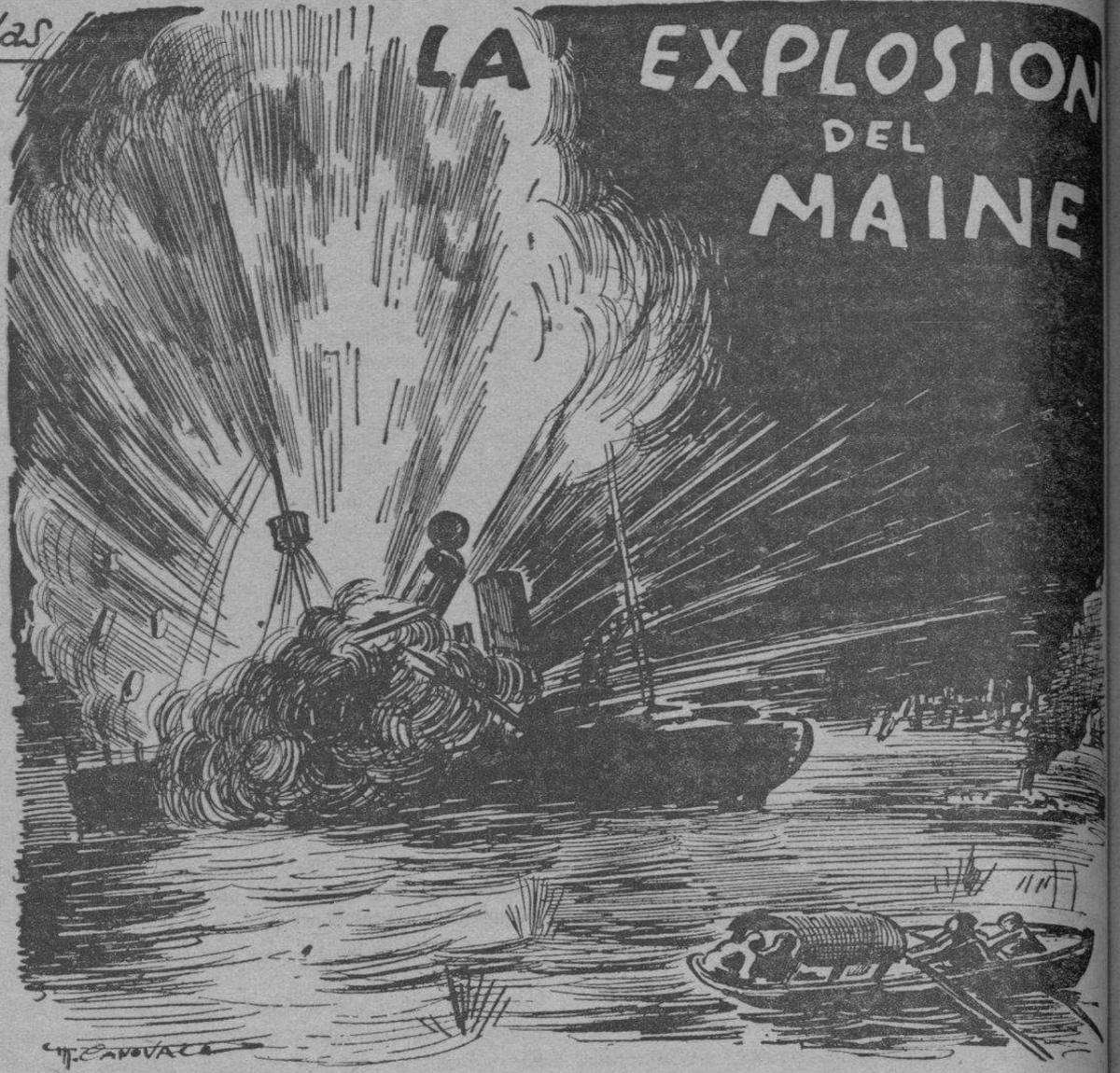
por FEDÉRIC VILLOCH

EL día 15 de febrero de 1898 la Habana fué sorprendida, minutos después de las nueve de la noche, por una explosión seguida de otras más fuertes aún, que sonó en dirección de la bahía, hacia la que corrió llena de pánico casi dos terceras partes de la ciudad, encontrándose con que en medio de aquella el crucero americano «Maine», que había entrado en la Habana el 25 de enero del propio año—entre la ansiedad de «unos», y la desesperación de «otros»—ardía en una inmensa pira, acompañada de formidables explosiones que se coronaban, como en las piezas de fuegos artificiales, con infinitas luces rojas, verdes, azules, amarillas...

Para ser más exactos en la apreciación de los antecedentes que prepararon aquella terrible catástrofe, dejemos que hable primero la Historia, por la pluma del doctor Rafael Martínez Ortiz, autor de la obra «Primeros Años de la Independencia de Cuba», que después hablará por su cuenta el postalista, refiriendo sus observaciones personales sobre el suceso. «España vió tarde lo próximo de la tempestad—dice Martínez Ortiz—. Su ministro en Washington, señor Dupuy de Lome, era de un optimismo sorprendente. Había el gobierno español retirado a Weyler y enviado al general Blanco para sustituirlo, encargándole el establecimiento del gobierno autonómico, por el cual tanto habían luchado los cubanos desde la terminación de la guerra del 68. Don Antonio Cánovas del Castillo, sostenedor de la política de intransigencia en la Colonia, no pudo ver su fracaso definitivo; el 9 de agosto cayó en Santa Agueda, asesinado». «El tético anarquista Angeo'illo, dice el escritor cubano Piñeyro, que a Cánovas quitó la vida, le presó sin imaginarlo, inapreciable servicio, librándole del tormento de vivir en aquellas horas espantosas, en que él mismo, en su profunda angustia, hubiera buscado en la muerte su único consuelo».

«El gobierno autonómico se organizó muy lentamente, y con muy pocas simpatías. Llegaron hasta producirse manifestaciones y asonadas. En la del 13 de enero se acamó a Weyler y se dieron gritos de ¡muera la autonomía! y ¡abajo el General Blanco! que encarnaba la autoridad suprema de la isla. Los motines tuvieron lugar ese día 13 contra el «Reconcentrado», «La Discusión» y el DIARIO DE LA MARINA, viéndose entre los alborotadores algunos oficiales del ejército. Tales desafueros los puso el cónsul americano, Mr. Lee, que era un ferviente partidario de la independencia cubana, en conocimiento de su gobierno; y éste se decidió a enviar un barco de guerra al puerto de la Habana. El solo anuncio de esta visita levantó una tempestad de protestas, e inútiles fueron las declaraciones del gobierno de Washington de que la visita era amistosa; y se hizo indispensable aceptar la correspondencia de cortesía, recibiendo en New York a un crucero de la Armada Española. El mismo cónsul Mr. Lee creyó prudente aconsejar que se dejase para más adelante el envío del barco americano, pero ya era tarde; las órdenes se habían corrido, y el acorazado «Maine», uno de los buques de guerra mejores de los Estados Unidos, hacía su entrada a toda máquina en el puerto de la Habana, el 25 de enero de 1898 a las once de la mañana. Este suceso, y cierto incidente de una carta diplomática del señor Dupuy de Lome interceptada, hicieron a éste presentar su renuncia y dejar la ciudad de Washington; siguiendo después a explosión del «Maine», que ya hizo inevitable la guerra entre España y los Estados Unidos sirviendo de lema y banderín el grito que corrió por toda aquella república de «Remember of The Maine!». Hasta aquí Martínez Ortiz.

La catástrofe fué horrenda; casi pereció la totalidad de la tripulación, compuesta de cerca de 400 hombres, salvándose sólo unos cuantos de los que estaban a bordo; y el capitán del barco con la mayor parte de los oficiales que estaban, unos en la Habana, en una comida de amigos; y otros, de visita en el vapor americano «City of Wash-



ington». El capitán general Don Ramón Blanco, Marqués de Peña Plata, acompañado de su estado mayor y varias autoridades civiles, contemplaron desde el balcón central de Palacio, sinceramente conmovidos, el entierro de las víctimas. Se dividieron las opiniones con respecto a las causas que motivaron la explosión del crucero americano; desde aquel momento empezó a cuestionarse «si la explosión había sido de fuera adentro, o de dentro a fuera», y aun al presente se sigue investigando lo mismo, si bien quedó al fin fuera de toda duda, que España no había tenido participación en el suceso. Un guasón, que algunos creen que fué un conocido periodista cubano—estrella del buen humor—hizo creer a varios periódicos neoyorkinos, que los autores o cómplices directos del siniestro lo habían sido el repórter de un periódico habanero llamado «Paco de Oro» (Francisco Díaz) y la notable escritora española, Eva Canel, y conociéndose aquí, como se conocía, a ambas estimables y dignas personas, ya puede imaginarse la importancia que se le dió a tan interesante como cómico reportaje.

El postalista, que pertenecía entonces a la prensa, en su calidad de repórter, tuvo ocasión al día siguiente del suceso, de visitar el hospital militar de San Ambrosio, a cargo del dignísimo coronel de Sanidad del ejército español, D. Agustín Muniozguren, en el que fueron auxiliados los damnificados del «Maine», casi todos heridos de suprema gravedad, y no pocos ya moribundos.

Se necesitaría la imaginación sobrenatural del Dante, para describir con acierto aquel cuadro de horrores que presenciámos: flotaba en el ambiente de aquellas salas el penetrante olor de las carnes chamuscadas, mezclado al de las medicinas y el éter que se empleaban para curar y anestesiar a los heridos. Algunos, de menos consideración, se apresuraban a escribirles post-cards a sus familiares. Veíase aun en aquellos rostros, que estaban libres de vendajes, pegamentos y algodones, reflejado el espanto que les había producido la inesperada catástrofe: aquel monstruo de llamas, que tras un formidable estampido, surgió de lo profundo del barco, y que los perseguía y acorralaba, negándoles la huida. Al entrar en una de las naves del hospital, tropezamos con una cama en la que

expiraba un marinero, a lo sumo de diez y siete años, rubio y de ojos azules—un grumete—nunciando cada vez con menos aliento la palabra ¡Mother!... ¡Mother!... ¡Mother!...

Cubanos y españoles; militares y paisanos, dos rivalizaban por atender a aquellos infelices, procurándoles un consuelo, sobresaliendo las Hermanitas de la Caridad, a cuyo cuidado se hallaban entonces los hospitales; distinguiéndose entre aquellas santas siervas de Dios, Sor Clara, la superiora, una robusta vizcaína de enorme cuerpo y algo mucho más grande aún. Vimos más de un marino besándole, agradecido, las manos a aquellas santas Hermanas. El coronel Muniozguren, guiado de sus ayudantes y de las santas hermanitas, no descansaba en atender a los heridos.

Y Muniozguren ordenaba que se lo sirvieran el acto, por medio de un pequeño embudo; haciendo algunos en el momento de apurarlos.

Un «celoso» teniente de voluntarios, de guardia aquel día en la puerta del hospital, ordenó que se le impidiese la entrada en el mismo a los que lo solicitaran, especialmente si tenían «tipo de llo», para evitar alguna posible confidencia entre los marineros y oficiales yankees; pero enterado Muniozguren de la orden, dió la contraria, permitiendo la entrada a quien la solicitara, cualquiera que fuese su procedencia. El comportamiento de Muniozguren con los heridos del «Maine» fué tan noble, que el general americano Shafter le dió las gracias.

Cuando la guerra emancipadora, estuvo presente en el citado hospital el general Ríos Rivas con el que tuvo tantas indulgencias que le valieron algunas amonestaciones amistosas de sus compañeros. Muniozguren tuvo a su cargo la distribución de medicamentos para doscientos mil hombres del ejército; y cuando al terminarse la guerra, en la evacuación, tuvo que embarcarse para España, dió al noble coronel dos pagas adelantadas, que solamente poseía de capital ¡cincuenta y cuatro pesos!...

El hijo mayor de Muniozguren, Lázaro, estudió en nuestra Universidad la carrera de Arquitecto.

riendo una de sus primeras obras el «Viejo Fron-
ton de la calle de Concordia».

En aquellos días de la estada del «Maine» en puerto, estábamos de temporada con nuestra familia en la Villa de Guanabacoa, y cuantas veces posábamos la bahía en los vaporcitos de Regla, aquellos lo hacían tan cerca del crucero americano, que se distinguían perfectamente sobre la cubierta de proa a los tripulantes que allí se halaban, destacándose entre ellos un risueño negro americano que tocaba un acordeón, algunas veces cantando a su compás una de esas cadenciosas y típicas «canciones del sur»; y otras, una filarmónica, a cuyo son bailaba alegremente entre las risas y el palmoteo de sus compañeros. Cuando la noche de la catástrofe veíamos arder el «Maine» desde los espigones del Muelle de Luz—los vaporcitos no pudieron reanudar el tráfico sino hasta varias horas de la madrugada—nuestra preocupación era aquel negro bailarín; su imagen—su ancha boca de recios y blancos dientes, destacándose sobre el intenso y lustroso azabache del rostro—no se apartaba un momento de nuestra memoria. Después, cuando al día siguiente visitamos el Hospital de San Ambrosio, lo buscamos afanosos; pero en vano, en medio de los numerosos heridos que allí se curaban. Lo hubiéramos destacado en el acto, de tal modo su imagen se hallaba grabada en nuestra mente. Ni tan poco lo hallamos después, por la tarde, entre los supervivientes que acudieron al entierro de sus compañeros. Seguro que figuraba en el número de los desaparecidos.

Cosa de diez años permanecieron los restos del «Maine» en medio de la bahía de la Habana, sobresaliendo del agua gran parte de la proa y uno de los mástiles del crucero, con su cofa correspondiente; y dicho se está que aquel montón de hierros fundidos y retorcidos, se convirtió en la primera estación de cuantos turistas americanos y de todos los países nos visitaban. El gobierno de Washington se apresuró a construir otro crucero de mismo corte que el desaparecido, al que bautizó con el nombre de «New Maine», siendo casualmente, el mismo que devolvió a Mr. Maggon a su patria, al darse por terminada la segunda intervención americana—el antiguo trajo la primera; y el otro cerró la segunda. Puesto a flote el casco del primitivo «Maine», mediante una «ataguia» que se construyó al efecto, durante el período presidencial de José Miguel Gómez, se extrajeron de su interior infinitos objetos ya petrificados, como lámparas, basas de cañón, revólveres, botellas, focos eléctricos, hachas, sextantes y otros instrumentos de náutica, cuchillos, etc., etc., que se repartieron como recuerdos entre personas significadas de la sociedad y la política. Terminadas las obras de extracción, el casco del crucero fué conducido mar afuera por dos barcos de la ataguia, y sepultado entre las olas, a unas seis millas del litoral, con la imponente ceremonia del caso. No faltaron sin- ceros y agradecidos patriotas que amarraron sobre la herrumbrosa «osamenta» del crucero algunas coronas de siemprevivas. Lo que se perdió el mundo por la inexistencia del Movietone. Fué un acontecimiento espectacular, al que se llamó «El Entierro del Maine». ¿Quién no dice que no se sepultaron con el «Maine» muchas cosas?...

Y antes de cerrar esta vieja postal descolorida, seamos justos colocando en primera línea, entre los espontáneos salvadores de aquellas víctimas del «Maine», que acudieron solícitos a los muelles apenas se oyó la terrible explosión, al entonces animoso y joven bombero del Comercio y popular actor cómico de la compañía de Alhambra, Arturo Feliu. Cuando se inauguró en el Malecón, frente al mar, el monumento erigido en memoria de aquellas víctimas, el gobierno del general Machado nombró a Feliu guardador de aquél; y allí permanece, firme y calada la gorra de marino, como un recuerdo viviente de la espantosa catástrofe—su retrato en postales acaso sea lo nuestro más conocido y corriente en los Estados Unidos—refiriéndoles a los turistas que se lo preguntan, detalle por detalle, punto por punto, y algo más, cuando ocurrió en la bahía de la Habana la noche del 15 de febrero de 1898, fecha inolvidable, por muchos conceptos, de «La Explosión del Maine».

EL ESTRECHO

mente similitud con ninguna otra de no importa qué lugar del orbe.

La estadística advierte efectivamente, que cruzan el Estrecho no menos de diez y seis mil (1931) a diez y ocho mil (1928) buques mercantes al año. Es decir, aproximadamente un buque cada media hora.

Un volumen de desplazamiento de unos noventa millones de toneladas y otro de carga por un total de sesenta y seis millones mantienen anualmente ese tráfico enorme del comercio mundial.

Ningún canal marítimo puede, al efecto, compararse, por la cuantía de su movimiento mercantil con nuestro Estrecho de Gibraltar. Ni Suez, ni menos Panamá. Ni siquiera Panamá y Suez reunidos.

El Estrecho de Gibraltar es, pues, la puerta de la «calle más concurrida del mundo», el umbral de la gran vía del tráfico internacional del globo.

Por él llegan a Inglaterra y a las costas continentales de la Europa occidental, lanas y trigos de Australia; caucho, café y algodón de los países del Indio; algodón de Egipto y petróleo del Asia Occidental y del Mar Negro. Otra gran corriente mercantil penetra por allí en el Mediterráneo y lleva, por tanto, a los puertos italianos, por ejemplo, para mantener la actividad económica de la península apenínica o simplemente buscando el tránsito para ganar los países europeos limítrofes: cereales y carne de la América meridional; carbón y minerales de hierro y manganeso de la Europa occidental; petróleo y café de Centroamérica y algodón de la del Norte.

Tras de lo dicho no hay por qué ensalzar la importancia estratégica de este paso. Ningún otro de las cartas hidrográficas le tiene igual. Para Italia ya hemos dicho lo que significa: el 70 por ciento de sus importaciones llegan por allí. Para tica diplomática, naval y militar de España el Estrecho es un punto singular, cuyo interés no siempre Inglaterra es la puerta de su gran corredor imperial de Oriente y de la Australasia. Para Francia es la posibilidad de juntar sus flotas del Mediterráneo y del Atlántico. Sin la amistad o al menos la tolerancia de España—el almirante Caxtes lo reconoce y proclama—tal unión no ha podido ser hecha en el pasado, ni lo sería seguramente en el porvenir. Taponar el Estrecho, cerrarle, sería la asfixia de la economía de guerra de los países para los cuales ese paso es capital.

Añadiendo la circunstancia de que la angostura de Gibraltar se prolonga en cierto modo por el corredor, ancho en 150 kilómetros, que forma el mar de Alborán—mar comprendido entre el propio Estrecho y el meridiano de Gata—se comprende bien que este pasillo, que tan admirablemente se presta a la acción defensiva (aérea, naval y terrestre), constituye más que un «punto focal» de sin igual importancia, una verdadera «zona de concentración de rutas» de insuperable virtualidad estratégica.

Estas aguas fueron constantes teatros de batalla entre las flotas cristianas y musulmanas. El Estrecho—la Historia lo dice—ha presenciado combates navales en todos los tiempos. Un sólo nombre: Trafalgar. En la trágica jornada de ese día las aguas de aquel mar fueron teñidas por la sangre de héroes de tres naciones distintas: España, Inglaterra y Francia. Con nuestra flota perdimos aquellos bravos que se llamaron Gravina, Galiano, Churrua, Alcedo... Inglaterra perdió a su primer almirante: Nelson. Y aun tiempo después, aquel intenso drama tuvo en Rennes un epílogo sangriento... El almirante francés Villeneuve se suicidó apesadumbrado por una derrota labrada en buena parte con su impericia.

EL PEÑÓN

Haciendo abstracción de nosotros mismos—por la firme decisión de España a permanecer neutral en el caso de cualquier conflicto—el mapa político no señala en el Estrecho otra plaza extranjera fuera del litoral de nuestra soberanía y de nuestro Protectorado, salvo Tánger y su zona del Fahz—territorio internacionalizado, en cuya administración España interviene—, que el Peñón de Gibraltar, a levante de la bahía de Algeciras, y

cuya roca, elevada hasta 422 metros (Pilón de Azúcar), apenas si ocupa una extensión de cuatro a cinco kilómetros cuadrados.

Colonia romana (Julia Ca'pe), desembarcadero luego de Tarik—de ahí su nombre: Yebel Tarik, monte de Tarik—para invadir a España; no es menester añadir que fué ocupada por el almirante Rook en 1704, con ocasión de la guerra de la Sucesión española, que, además de encender la guerra civil en la Península, la convirtió en campo de batalla de las potencias europeas.

Cuantos intentos posteriores fueron hechos para recuperar esta plaza, tanto a mano armada (singularmente en 1781 y en aquel empeñado combate en el que intervinieron las famosas baterías flotantes de D-Arcon), como los pretendidos por vía diplomática (Fernando VI, Carlos III y algún otro más posterior y reciente), fracasaron rotundamente.

El Peñón, unido por un istmo bajo—posiblemente es lo que se llama en Geografía física un tómbolo—al continente, ha constituido hasta nuestros días, además de una excelente base estratégica, una posición táctica defensiva inabordable. Acatilada del lado de tierra y también hacia el noia de Algeciras, lanza hacia el mediodía (punta de Europa) su gran espolón, constituyendo, tal como se ha dicho, un gran «navío de piedra», un colosal acorazado insumergible.

Por la razón antes dicha—la de nuestra neutralidad—importa aquí solamente señalar el papel que hoy cabele cumplir al puerto militar de Gibraltar en el caso de un conflicto mediterráneo. Eri- zado de cañones, cortado a pico hacia el Este y abierta la gola de la fortaleza hacia un país neutral (la bahía de Algeciras), la plaza conserva, sin duda, en tal hipótesis, no poco de su viejo vigor frente a un enemigo de inferioridad de medios navales situado en el corazón mismo de aquel mar. La plaza constituye un magnífico observatorio y una excelente base naval, contando con nuestra neutralidad, desde donde se puede llevar a cabo la obstrucción del tráfico marítimo. La vigilancia en tan estrecho corredor no puede ser más sencilla. Sólo serían de temer la acción de los sumergibles enemigos, y ello no es poco ciertamente; pero también es verdad que tampoco sería su intervención decisiva. El cierre con minas del Estrecho no parece realizable, ni por la intensidad de las corrientes ni, sobre todo, por la gran profundidad de sus fondos.

El grave inconveniente de Gibraltar, como plaza de guerra, consiste en que por su singular relieve topográfico no ha permitido hasta la fecha el establecimiento de un aeródromo en ella. Tal falta fué bien advertida con ocasión de las últimas maniobras de la flota inglesa. De no poder solventar esta falta, Gibraltar tendrá que renunciar a disponer de otra aviación que la de la Escuadra británica—todos cuyos porta-aviones se han concentrado ya en el Mediterráneo—, o quizás, y todo lo más, se limitará a utilizar algunos autogiros, solución esta mediocre para resolver el problema de la aeronáutica defensiva.

La masa de caliza jurásica de la vieja «Calpe», gemela de la joroba frontera del Yebel Musa africano, ha sido perforada por la ingeniería militar para instalar, antaño, en sus entrañas baterías re- puestos y cuarteles. Tales gaterías serán seguramente utilizadas ahora como refugios contra la acción mortífera de los gases tóxicos. El Estrecho es, a este respecto, algo más que la intercomunicación de dos mares. Es también un corredor por el que se relacionan las diferentes presiones del Mediterráneo y del Atlántico. Los vientos de poniente y de levante soplan alternativamente por ese pasillo intercontinental.

La Gran Bretaña, previsoramente situada sobre los puntos vitales de las rutas del mundo, se ha apresurado a reafirmar y consolidar sus posiciones. Ha bastado para ello con movilizar su Es- cuadra. Y se le ha dado tiempo. Inglaterra sabe muy bien que el mundo pertenece a aquel que mejor conozca su Geografía. Tal es la materia de perenne examen que los estadistas de Aibión abor- dan siempre con brillante éxito.

JOSE DIAZ DE VILLEGAS,
Comandante de Estado Mayor.

H el día 9 de octubre se inició en los cielos un bombardeo mucho más intenso que el que puede ocurrir en las Líneas Sigfrido o Maginot... La sinfonía orquestal durará varios días, mientras la Tierra cruza unos parajes en donde bailan y se disparan esos fragmentos de astros que se llaman «meteoros»... Estos individuos, formados de materia cósmica en estado sólido, llegarán en parte a la Tierra, pero la mayoría de ellos se esfumarán en el espacio inmenso de los cielos. No hay peligro de que nuestras vidas se acaban ante ese bombardeo extraño que con frecuencia amenaza la Biología de nuestro Globo.

MENSAJES DE OTROS MUNDOS NO DIFERENTES DEL NUESTRO

Millones y millones de ellos, todas las noches pasan delante de nosotros sin que lleguen a posarse en nuestra superficie, sólo alcanza nuestro escenario un número insignificante, quizá uno por cada millón. Esta pirotécnica cósmica, crece en intensidad todos los años en el mes de octubre porque en estos días la Tierra «se encuentra» con una región crítica en donde el tráfico está lleno de «obstáculos». Meteoros o fragmentos ínfimos de astros viajan en dos direcciones; o bien en línea recta hacia el infinito para perderse en la inmensidad o girando alrededor del Sol como si fueran astros de cierta «categoría» astronómica. Naturalmente, estos últimos tienen su órbita (carretera de tráfico como la de nuestro planeta) que al llegar octubre, se cruza con el camino de la Tierra y entonces se producen en los cielos estas maravillas pirotécnicas.

Nuestros visitantes, muchas veces son absorbidos por la fuerza de atracción de la Tierra, entonces llegan hasta nosotros y caen sobre nuestra superficie formando los «meteoritos». Como viajan a una velocidad que oscila de 30 a 10,000 millas por hora la resistencia de nuestra atmósfera crea una frotación enorme de la cual se origina un calor que pulveriza la masa del meteoro, así muchos, la mayoría de ellos, antes de alcanzar la corteza terrestre, se convierten en masas de gases que se esfuman en la inmensidad. Los que alcanzan nuestros lares, muestran su composición química integrada por níquel y hierro, o en ciertos casos, por rocas semejantes a las de nuestro suelo, es decir, que hasta el presente, estos visitantes no han traído ningún elemento químico diferente a los de la Tierra, lo cual hace suponer que la estructura de otros mundos es semejante a la del nuestro.

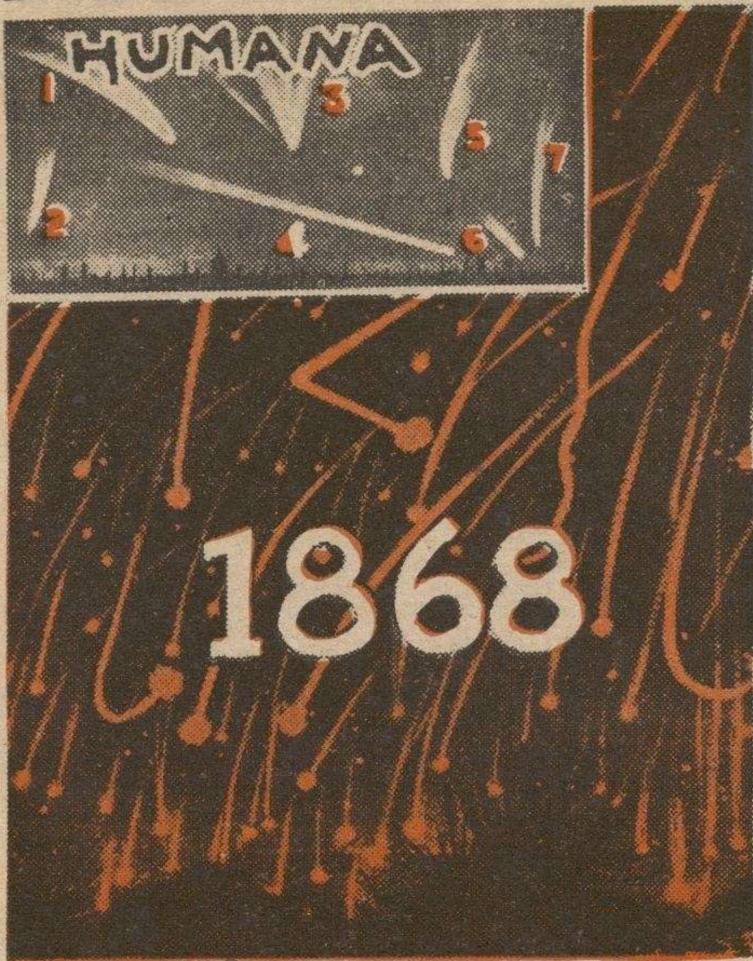
HAY VIDA ORGANICA EN OTROS ESPACIOS COSMICOS

Sin embargo, la caída de uno de estos visitantes el día 2 de febrero pasado en un lugar distante a 80 millas de Los Angeles (California), ha quebrado los conceptos clásicos de la composición de estos cuerpos, trayéndonos muestras de la existencia de la vida en otros espacios. Ese fragmento de astro al llegar a la Tierra fué examinado por los investigadores de la Universidad de Berkeley. El doctor Lippmann encargado de los análisis, encontró entre los componentes del meteorito, «nitrógeno orgánico». Dentro del corazón del mineral aparecieron ciertos microbios con pestañas vibrátiles del tipo llamado «virgula». Estos microorganismos fueron sometidos a presiones enormes al objeto de ver si eran capaces de resistir los cambios atmosféricos que sufrió el bólide en su trayectoria atmosférica y después de esta prueba se vió que los esporos (semillas) de las bacterias se reproducían con intensidad. Previamente el doctor Lippmann había esterilizado el fragmento de metal al objeto de eliminar las posibilidades de una contaminación terrestre, de forma que la presencia de tan extraño «virgula» en el meteorito demostraba que estos seres ínfimos procedían de lejanos mundos en donde se formó este fragmento de astro...

INFLUENCIAS TELURICAS EN LOS SERES VIVIENTES

La tragedia de estos visitantes celestiales, se traduce con frecuencia en la formación de pedruzcos ínfimos de hierro que flotan en la atmósfera

INFLUENCIAS TELURICAS EN LA VIDA ANIMAL Y HUMANA



a guisa de nubes metálicas y forman acumuladores inmensos de electricidad que actúan sobre el hombre, los animales y las plantas. Tal fenómeno ha servido para explicar a algunos biólogos la abundancia de enfermedades durante estos meses otoñales. El exceso de energía eléctrica en la atmósfera, desvitaliza el organismo humano y le hace más propenso a las infecciones... Así se fundamentan científicamente las antiguas supersticiones que atribuían a los astros influencias nefastas o buenas sobre el reino animal...

Edward Ricketts y Jack Calvin, acaban de publicar un libro titulado «Between Pacific Tides», en donde estudian la acción misteriosa de estos fenómenos cósmicos en ciertos animales marinos.

El ejemplo más interesante lo exhibe un pez de la familia del «pejerrey» conocido en California con el nombre de «grunion»... Todos los años durante los días de octubre y en luna llena, este animal llega del Pacífico a las playas californianas y salta a la arena en cantidades fantásticas. Los habitantes de aquellas costas inician una pesca que por la abundancia, más tiene aspecto de «recolección» de un cereal. Con cestos y sacos, se aproximan a las orillas del agua y cargan con toneladas de este animal que fatalmente sueña con llegar a la sequedad de la arena...

LA LUNA, INFLUENCIA FATAL

¿Qué potencia tiene la luna llena sobre esta especie de suicidios en masa? Los estudios de biología marina han descifrado el misterio...

Este pez al llegar octubre tiene que reproducirse. Entonces en un momento determinado, en una hora de exactitud cronométrica, llega a la playa en el momento que la marea se encuentra «baja» bajo la acción de la luna. Salta sobre la arena húmeda y con su cola practica un orificio en donde deposita sus huevos. Inmediatamente, llega el macho que se enrosca sobre la hembra y fecunda los huevecillos depositados en el refugio arenoso. A las pocas horas, la «pleamar» o marea alta, sube la playa e inunda estas semillas que inician su incubación bajo el influjo del mar y bajo la acción de las arenas... Pero ¿quién dice a estos «grunion» que la luna está llena o que está en uno de sus cuartos...? Hasta aquí la Biología no ha podido llegar...

El fondo es un dibujo que se conserva en el Museo de Historia Natural de Nueva York y que trata de dar una idea de cómo se vió la llamada «lluvia de estrellas» de 1868. Técnicamente el origen de esa lluvia de meteoros es el mismo fenómeno que ha ocurrido en este mes de octubre en que la Tierra pasó por la zona «meteórica» de astros en polvo. Esta imitación fotográfica (arriba) muestra a los más famosos cometas periódicos que nos han visitado en los últimos cien años. La Luna aparece en el gráfico para que se pueda apreciar el tamaño de los cometas. 1. Es el Gran Cometa de 1811 que trajo una cola de cien millones de millas de largo. 2. Es el cometa de 1882, cola de 60 millones de millas. 3. El cometa de 1861. 4. Es el cometa de 1843 con la cola más larga conocida, 200 millones de millas. 5. Es el cometa Donati de 1858. 6. El cometa de 1910. 7. El Cometa Coggia de 1874.

Otro caso semejante es el de una anguila habitante de los mares del Sur del Pacífico llamada el «palolo». Allá en la Oceanía vive durante todo el año en las forestas náuticas que integran las formaciones coralinas. A mediados del mes de agosto, también bajo la acción de la luna llena, esta anguila deja sus cuarteles y se dirige a la superficie del agua en los bordes de las playas. Antes de salir de sus escondrijos, en su cola se ha desarrollado un apéndice o cola supletoria que hace alargarse el cuerpo del animal. Dentro de este nuevo órgano, la hembra lleva sus huevos y el macho sus células fecundantes. Lo mismo que el «grunion» californiano, estos animales llegan sobre la arena cuando el agua está en baja-mar inspirados por la influencia de la luna... En las orillas se desprenden de sus colas repletas de células y en estos apéndices espontáneamente se realiza la fecundación... Millones, más bien toneladas de estos «fragmentos» de anguila, llenan las playas y los gastrónomos, recogen sin saber que lo comen no es el «palolo», sino la coacía reproductiva del animal.

La única explicación un poco ambigua que se ha dado hasta el presente para explicar esta acción de la luna sobre los organismos vivos, ha sido esa teoría que mantiene que como la luz del satélite es una luz polarizada que llega del Sol, este tipo de acción luminosa tiene un efecto que «sensibiliza» a los animales y a las plantas. Como ejemplo de tal enunciado, se cita los buenos resultados de la siembra cuando se hace con luna llena y los malos al realizarse en cuarto menguante.

Y PUEDE SER CIERTO QUE LOS COMETAS DETERMINEN ACCIONES HUMANAS

Pero la acción luminosa y química de los «meteoros» otoñales no es resultado de ninguna «polarización», es consecuencia de combustiones directas de estrellas o de cometas. Por ejemplo, ese grupo de meteoros llamado las Dracónidas, también visibles en este mes de octubre, es formado por la cola del Cometa Giacobini-Ziner que en la trayectoria de su órbita elíptica nos asombra cada seis años. Su última brillantez registrada en julio del año 1933, dió una escenografía cósmica de enorme majestuosidad. La acción física de estos resplandores, todavía es un misterio, pero sin

Si las mujeres tuvieran la palabra nunca irían a la guerra, jamás permitirían que sus naciones fueran a la guerra. Puede la guerra ser una cosa natural para el hombre, pero no es para las mujeres.

Creemos que las mujeres han establecido sus derechos ciudadanos en los últimos 50 años, pero pasarán 300 antes de que tengan voz en la conducción de los negocios del Estado. Ninguna mujer fué consultada en los preliminares del incendio que amenaza consumir en estos días a la Europa. Ninguna mujer hubo en el mundo, suficientemente poderosa, para que su voz fuera escuchada en esta emergencia. Fueron hombres y sólo hombres, los que escribieron las notas y se reunieron en conferencias y formularon los ultimátums.

Los hombres dicen que odian la guerra y la deploran. Dicen que aman la paz. Pero dicho esto nada hicieron durante veinte años sino lamentar la inútil carnicería pasada y echar las bases de la que debería venir a matar a sus hijos. Cuando comienzan los conflictos diplomáticos se habla mucho de paz. Se hacen rogativas especiales por ella. Hombres de Estado y diplomáticos proclaman que «todavía confían en que se mantendrá la paz». Los diarios destacan esta esperanza día tras día en sus editoriales y titulares. Y nuestros corazones asustados marcan el tiempo.

«Pagariamos cualquier precio por la paz» dijo hace poco un editorialista. Como la mayoría de tales afirmaciones, esa fué una magnífica mentira. Nadie en ningún momento está listo para pagar cualquier precio por la paz. Todos los hombres y las naciones parecen pensar que la paz debe venirnos del cielo como el agua y el aire. Pueden las guerras costar billones, y nadie murmura. Pero que vote un congreso un millón para la paz y habrá una tormenta. El mundo podría haberse comprado una paz en cualquier momento desde que hace veinte y tantos años se firmó el armisticio. Si se la hubiera comprado hace 10 años por cierto que jamás habríamos oído de Adolfo Hitler.

Estados Unidos fué el único país que no reclamó territorio alguno para sí entre todos los aliados. Después nos vinieron a decir que los términos de Versalles eran opresores y crueles y expresaban un anhelo de venganza. Todos lo sabemos, pero seguimos el alegre camino de nuestras vidas mientras las naciones vencidas sufrían hambre y desesperación. Ni una nación ofreció devolverles una pulgada de la tierra conquistada. Ni una asumió una actitud de amistad. Si hubiéramos hecho un llamado a la paz y lo hubiéramos acompañado con uno solo de los billones que hemos gastado en armamentos, la historia del mundo habría cambiado. Y habríamos dado un nuevo modelo a la vida internacional más de acuerdo con aquel que nos dijo que perdonáramos a nuestros enemigos. Esa nación enemiga podrá resistir a la metralla pero no habría resistido a una mano generosa y amiga. Pero el mundo que se proclama pacifista no se ocupa de la paz, desdeñó pagar el precio de la paz. Los pulpitos que se dicen la voz de Cristo guardaron silencio, limitándose a declaraciones generales en favor de la paz. Debe haber un objetivo y un plan detrás de ellos. El mundo atormentado habría aceptado cualquier plan que le trajera una paz permanente. Las mujeres del mundo habrían estado con pasión del lado de quien lo hubiera propuesto. Fué la gran oportunidad de las Iglesias, pero la dejaron pasar. No vieron que los tiempos habían cambiado. Que todas odiábamos al odio y al asesinato. Que estaba-



Ninguna mujer fué consultada en los preliminares del incendio que amenaza consumir a la Europa... La guerra puede ser una cosa natural en el hombre, pero no lo es para las mujeres.

La Guerra es un eterno misterio para la MUJER

POR KATHLEEN NORRIS

mos prontas a sacrificarlo todo pero por un ideal más alto que el ideal de la guerra.

¿Por qué no hubo comités trabajando fiel, paciente, honradamente por un ajuste generoso que hubiera satisfecho los reclamos de todas las naciones y asegurado una Unión de la Europa próspera pacífica y feliz? ¿Por qué en vez de los planos de guerra no se elaboraron planos de paz que hubieran ido en consulta de nación a nación, cediendo un puerto aquí, un pedazo de tierra allá, comprando con esto o con aquello hasta que se hubiera encontrado la solución aceptable para todos?

Nada de eso se hizo. La Europa central está empapada en sangre joven y así lo ha estado por quinientos años. Parece que no existe por allá eso que llamamos mutua inteligencia y respeto. Mal-

gastaron vidas y dineros, pero cada país estará listo para apoderarse de lo que pueda después de cada guerra y defenderlo mientras le quede un hijo que pueda empuñar un fusil.

Si no se trabaja en seguida por la paz duradera para después de esta guerra, Europa habrá proclamado su incapacidad para arreglar sus asuntos por sí misma. Hasta las naciones más fuertes claman por la ayuda de los débiles. Hasta las naciones más sabias carecen de hombres sabios que les eviten estas deplorables sangrias de recursos y valores humanos. Yo creo que en América podríamos empezar ya a proyectar los Estados Unidos del otro lado del Atlántico. Puede esto parecer un sueño ahora; pero si sólo pudiera empezar se haría tan fuerte que no habría nación que pudiera ya romperla.

ciudad que debe de tener una influencia sobre las sustancias vivas. Recordemos como explicación elemental de este problema, que un cometa a medida que se acerca de otros mundos en dirección al Sistema Solar, aumenta en su poder de irradiación. La «sustancia» que forma el cometa es de una naturaleza tal que intercepta todo género de irradiación conocida por nosotros, desde la de los Rayos X, hasta la del calor y el material de su superficie, se encuentra en constante proceso de des-

integración. Consecuencia de estos fenómenos, el cometa resulta envuelto en una atmósfera gaseosa. Estos gases son expelidos con una energía tan enorme que llegan a situarse en la «cabeza» del cometa como si estuvieran ansiosos de llegar al Sol... pero la fuerza de la irradiación solar más las presiones que se dirigen sobre ellos les dicen: atrás...! y entonces quedan rezagados y forman la cola coqueta del cometa parecida a la del pavo real... Esta cola, es una fuente de misteriosas

energías e irradiaciones cuya emisión puede alcanzar no sólo los astros vecinos a él, sino hasta los habitantes de la Tierra... ¿Tendrían razón las consejas de los tiempos antiguos al achacar a los cometas la llegada de las guerras y epidemias y la pérdida de las cosechas...? El 9 de octubre se ha iniciado en los cielos una sinfonía cromática, cuya acción cósmica quizá influya hasta en los hombres que pelean en el frente Occidental y las mentes que elucubran en los Estados Mayores y las Caimánas.



DONDE HAY
NIÑOS...



No puede faltar el
QUINIUM
LABARRAQUE

El organismo infantil precisa para su desarrollo normal y vigoroso, de fuerzas excepcionales y los padres precavidos tienen *siempre* a mano un frasco de este poderoso reconstituyente y febrifugo, que estimula todas las funciones orgánicas y aleja el temible peligro de la anemia infantil, precursora de las más graves enfermedades.



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)